

I

DEL MAR A LA MONTAÑA

Una mañana de julio de 1897.

...**D**EL fondo de la bruma marina, en plena gloria, en la aurora, surge lentamente, mancha blanca tras mancha blanca, Puerto Colombia.

Rápidamente otros detalles van perfilando un gran paisaje bronceado por la luz, momificado por el entumecimiento, vagamente inquietante al principio, propio de los países cálidos. Sobre el fondo de todo el panoramà se desarrolla, maciza y vertical, humeante y rojiza, la costa que prolonga por algùn tiempo su meseta altiva para luégo volverse bruscamente hacia el oeste, no sin dejar atrás, al huir, una coquetería, un faralá, aquel cabo de suave declive. Todavía vuelve hacia él otras crestas más alejadas, azules ondulaciones tristes, deliciosas, en retirada sobre el matiz pálido y difuso del cielo. Arrancando de la orilla que, ya completa, se curva con pereza inefable, una línea negra, tenue como un hilo, corta en dos el centelleo más rojo que nacarado de las aguas, esa placidez de bella concha marina. Al aproximarse se convierte en una fina escollera donde un tren espera —nos espera—. Crece casi demasiado de prisa para que se puedan sentir el goce extremo y fugaz y los sedantes efluvios de que nos llenan estas extensiones tan noblemente tranquilas de la tierra y del mar.

Los matices y los colores de sus superficies mudas apenas varían con la creciente fuerza del sol. El éter azul hasta los abismos del horizonte, sin una vedija blanca, está impregnado de esa pereza adormecida en la que, en las mañanas ecuatoriales, se incuba la postración del medio día.

Hacia la izquierda la costa de Colombia descien- de y se recorta en lenguas de verdura que brotan de la bruma dorada. Una marejada imperceptible va a morir allí, la misma que desde Méjico hasta aquí ha rizado el espejo del mar Caribe, la misma en que se ha reflejado el encanto de las Antillas.

Sin quererlo, a los que por vez primera se les presenta de este modo el Nuevo Mundo, vuelven a encontrar, con una sencillez exquisita, las emociones, el entusiasmo curioso de los aventureros de 1502, y al fijar en él una mirada casi tan ardiente como fuera la de éstos, comprimen en su sonrisa indecisa, algo, talvez unas palpitaciones similares a las que sintiera un Cristóbal Colón.

De modo que ¡es ella, la tierra un poco legendaria de los Andes, la tierra de los tesoros inauditos, la tierra de los incas, la tierra de los cóndores! ¡La libre América! ¡Tierra joven, joven sociedad sacudida por los temblores y las revoluciones, en la que el hombre había soñado durante tanto tiempo, donde se había dormido sin historia; en la que el esplendor muisca pasó, hijo débil del sol; en la que los ríos acarrean sangre y los caminos oro; en la que la cruz y la espada tantas veces confundieron sus sombras; en la que Cipango había revivido!

Ya por dos veces, al peregrino que escribe estas notas, el Africa se le había mostrado entrea- bierta, varia en su aspecto, una en todo su horror, idéntica en la desolación de sus arenales y bajo la masa opresora de su vegetación. El Senegal, la Costa de Oro, el Dahomey, todo eso significa el humano jadear hacia un cielo sin piedad; de lo profundo de los espacios inundados de un brillo

triste, sin viento y sin montañas, asciende la aspiración febril del enterrado vivo, la añoranza desolada de otras orillas sobre las que aun sopla la brisa de Dios...

Y he aquí, bajo una latitud idéntica, la naturaleza y la gleba rivales. ¿Qué serán éstas a su vez? ¿Qué recuerdos, qué desencantos o qué nostalgias habremos de llevarnos dentro de ocho o diez meses? Entre tanto —efecto habitual talvez de toda novedad— este interrogante mudo, esta primera ojeada a las Indias occidentales parecen llenos de promesas y de compensaciones. La mirada, ante el alto basamento de este continente, no evoca ya esa sombría monotonía del mar de Guinea bordeado por una barra continua, ni la línea delgada y muerta del horizonte, del bosque encabritado ante las olas en una extensión de seiscientas leguas, peristilo de las soledades infinitas que se acumulan detrás con todo su espanto verde o seco. En el momento de hollar esta Nueva Granada que recorrieron antaño tantos ricos hombres, en la que Heredia alzó en las épocas fabulosas

Una ciudad de plata a la sombra de una palmera de oro,

la aurora triunfal brilla profética y la brisa que se levanta parece fragante mensajera de felices perspectivas, de los espectáculos que nos aguardan.

A bordo del buque, listo ya a zarpar de nuevo, se precipita el supremo barullo de los baúles, de los bultos multiformes, de todas esas cosas pesadas o ligeras, poderosas o frágiles que fueron sepultadas sin orden ni concierto en el *in pace* de las bodegas en el muelle de Francia, que ahora se exhuman oliendo al moho del viaje y como atónitas al encontrarse bajo la gran luz de América.

Abajo, en el salón, donde esta noche nuestro sitio estará vacío y que ya tiene un aire de aburrimiento y de deserción, algunas cadencias se oyen

por última vez a través del ruido de los portazos. Una muchacha, tocada con un sombrero de paja y con el guardapolvo echado sobre los hombros, arranca al piano una fuga de Vieuxtemps, familiar a sus dedos y a nuestros oídos. Esta vez se da prisa porque ya el mayordomo anuncia, al pasar, que todos los equipajes están sobre cubierta. Y un no sé qué de invenciblemente triste se desprende de esos acordes precipitados, algo así como un adiós más eolio, más fugaz, dado a la casa flotante donde hemos pasado tantas horas de contemplación. ¿De dónde provienen esas melancolías sin motivo y sin expresión que van unidas a la marcha de un balneario, a la subida a un ómnibus, llevando consigo la postrera sonoridad desenfrenada de una orquesta de gitanos? Llamamiento indefinible del destino, señal de una despedida inacabada, dicha apresuradamente por los que nos han conocido en la gran hostería de la vida y que pronto, ellos también, habrán desaparecido, como en la muerte, en el torbellino de los seres...

Dós o tres horas más tarde estamos en el umbral de una ciudad polvorienta, con hilos telegráficos; es Barranquilla, el puerto principal y la primera aduana de la república.

Después de recorrer treinta o cuarenta kilómetros en zig-zag a lo largo de la orilla y luégo a través de una región poco fértil y uniforme con la que se inicia el delta interior del Magdalena, el tren pita y se detiene.

Una infinidad de edificaciones grises lame, como una espuma, el borde de la vía férrea. Están rodeadas de bosques poco espesos, poco tupidos, de árboles pequeños, de vegetación espinosa, achaparrada, que parece brotar con dificultad de esta tierra agotada y polvorienta que huele a escombros y a sed. No se necesita más para provocar ya ciertas decepciones, algunas reflexiones de filosofía barata. ¡De lejos tenía tal aspecto de oasis acogedor! Sin embargo, a este estercolero, a esta

orilla nada pintoresca, a este esfuerzo de instalación hecho de cualquier manera sobre una tierra ingrata, sustituye por fin, a medida que se avanza, la verdadera ciudad sudamericana moderna, vulgar y demasiado joven, preocupada únicamente de comercio, de industrias, de relaciones marítimas, creada por la fuerza de la necesidad bajo la presión económica del rico país que desemboca en ella. En suma, es una aglomeración inmutable de casas a la española, de tejados planos, de fachadas con colores suaves y ventanas enrejadas, que se ha yuxtapuesto desde hace cuarenta años alrededor del muelle natural que ofrece tan cerca de su desembocadura el majestuoso Magdalena. Pero mientras la proximidad del río atrae hacia la izquierda, a los barrios opulentos, el enjambre humano se extiende sin cesar hacia la llanura de la derecha, mezclándose las cabañas de paja con las pobres viviendas diseminadas por la campiña rojiza, viviendas cada vez más pobres y más diseminadas a medida que se acercan a los cementerios, a esas zonas que tienen el aspecto de campos de demolición enterrados en los guijos y cuya apariencia desolada constituye una introducción natural a las lecciones de la hostería de los muertos.

El polvo, he ahí el enemigo de Barranquilla, del mismo modo que la vialidad es su punto débil; a pasos quedos en la arena, en esa arena atroz, rojiza, que el viento se lleva en remolinos, arena de corales y de calizas, las gentes y las cosas circulan pausadamente. Marcha trabajosa y abrumadora bajo la luz que asaetea.

Pero ¡oh eternos desquites del colorido! Al llegar el atardecer, toda esa multitud de edificaciones surgidas de la ceniza blanca se ilumina con tintes desvaídos de una suavidad infinita, besos del sol en la frente de su hija que se duerme. Y todos aquellos viejos muros de cal, antes lechosos, jaspeados perpendicularmente de tiznones negros

y los lienzos de pared de ladrillos amarillentos y aquéllos de un rojo subido y las calles abarrancadas por las que los carricoches bailarines y chirriantes ruedan dando barquinazos fantásticos y el campanario español y los tejados de paja de la calle de San Blas y hasta nuestras mismas personas reciben su parte de tintes violados indefinibles. Y entre tanto, en el azul desfallecido del cielo, con una lentitud, con una majestad agrandada por la noche, se ciernen los pesados gallinazos.

Extinguido el crepúsculo, otra vida más íntima y más apacible empieza al encenderse las luces. Mi soledad se pierde en el barrio de las quintas, donde se encuentran los hoteles y las casas de recreo de los ricos, hacia el extremo de la ciudad. El camino, traicionero ya de por sí, se agrava con la noche sin luna, la noche negra exagerada de la zona tórrida. El pie tropieza; muros inciertos y verjas se pierden bajo los penachos de sombras desbordantes, árboles de invisibles jardines. Y a esa misma hora, sobre toda la paz oscura del mundo ecuatorial, empieza el gran concierto de todos los murmullos, de todas las estridencias, de todas las vibraciones exacerbadas que acompañan los fuegos artificiales de las luciérnagas. Luciérnagas por todas partes, en los matorrales deshojados y como espolvoreados de ceniza, en la altura misteriosa del follaje, alrededor de esas familias recostadas en las mecedoras delante de las puertas de sus casas, alrededor de esas muchachas lánguidas, vestidas de blanco, cuyos dedos arrancan canciones de las guitarras y cuyos cabellos encierran, cual coronas de estrellas, otras claridades más brillantes.

Hay en las tinieblas de estas tierras vírgenes un insecto —cuyo menor mérito no está talvez en las estrofas que ha inspirado—, el **cocuyo**, que sólo vive en América y para eso en los lugares más cálidos, en ciertos sectores que le son propios, como si todos los demás climas del mundo,

hasta los más ardientes, no fueran propicios para mantener viva la llama que irradia a su alrededor.

Imagínense un gusano pardo, largo y delgado, en el que, durante el día, nada llamaría la atención. La cabeza, relativamente enorme y desprovista de antenas, se une estrechamente al cuerpo aplastado; los movimientos de resorte extraños y bruscos de que está dotada esta articulación permiten al animal, mediante un salto bastante considerable, escapar a los contactos inoportunos, y dos manchas glaucas, dispuestas lateralmente, constituyen el aparato de sus irradiaciones fosforescentes.

He ahí el brillante elatérico, pariente de ese lam-pírido portalinternas, caro a las bellas brasileñas, que sirve de joya eléctrica para adornar algunos descotes seductores y cuya claridad aureola las cabelleras como una diadema con la suavidad de su luz de lamparilla. A través de ese velo natural la llama del cocuyo adquiere una delicadeza amortiguada, una discreción de confidente. Se puede conservar el insecto dentro de un tallo hueco de caña. Además, su captura no ofrece dificultad; cuando circula por la noche brillante y purpúreo como una brasa, eclipsa por completo a las luciérnagas, de luz más pálida con claridades más verdosas y gélidas. Durante el día duerme, no se sabe dónde; es un malacodermo negro y perezoso que al llegar la noche, la cálida oscuridad sepulcral, se despierta súbitamente, se va y empieza su vuelo trémulo, sus largos zig-zags de latigazo; rey de las sombras, pasa con su rojez violenta y lejana de faro, con su brillo de ascua cual el ojo inquieto de cíclope que se multiplicase en todos los rincones de su caverna.

Pronto la instintiva asociación de ideas hace levantar la vista. Lo mismo que allí en esas playas de la Costa de Marfil, en la selva de Inserum, donde tantas veces la he contemplado, donde brilla sobre paisajes que no volveré a ver, la Vía Lá-

tea, con una intensidad desconocida en nuestro cielo parisino, con su aspecto de pequeñas boyas aborregadas, rueda, bifurca su torrente de mundos en esta primera noche de América, y la Cruz del Sur, además, se incorpora solemne a los pies de Centauro.

Al día siguiente, siempre fiel a su cita con la aurora, nuestra curiosidad de viajeros impacientes traba conocimiento con el camino que voy a seguir, con el turbio y magnífico Magdalena.

Para penetrar en el interior de este país la costa caribe no ofrece más, en efecto, que una sola vía; pero ésta es grandiosa. Es realmente la avenida natural de ese Capitolio que el Tolima, rey del aire helado y de las nieves, corona, allá en el corazón de Colombia. Nos ofrece a nuestros mismos pies un **caño** que subdividido a su vez, hasta en el más insignificante de sus arroyuelos, que sirve de galería minúscula y tortuosa para los desfiles de patos, conserva una parte de su fuerza, se siente el Magdalena. Este se nos aparece por fin. Desde los confines del horizonte, ancho y poderoso como un brazo de mar, se exhibe, pasa. Toda su masa tranquila corre con una soberbia hija de las cimas de donde desciende. En sus aguas, que son por eso perpetuamente amarillas y limosas, arrastra algo de sus montañas y es para sus márgenes un Nilo de fertilidad. Al contemplarle tan apacible y colosal a trescientas cuarenta leguas de la roca aérea de donde rezuma su primera gota, se evocan con una inquietud respetuosa las extensiones que atraviesa; se presiente detrás de las lejanías cerradas la sucesión de esas zonas distintas, tan salvajes y tan grandes, que el hombre no ha podido aun recorrerlas todas; abajo la de las selvas, la luminosa y la arisca; más arriba la de los cultivos y la de las ciudades y, en fin, dejando atrás a todas, la de las montañas, cuyas últimas y supremas estribaciones no

reciben, ni siquiera, la visita de las águilas, y no tienen por vecinos más que a las estrellas.

Y he aquí que ante las proporciones tan inesperadas de este río, del que ayer sólo tenía una vaga idea, ante este "camino que anda" y que sin embargo no es uno de los mayores de América del Sur, me invadió, con una especie de estupor, la intuición repentina de un mundo gigantesco a la vez que, lo confieso, una sensación de nuestra risible ignorancia europea. ¿Cómo? ¡Pensar que de esta arteria, que equivale a dos Senas empalmados, hay más de diez millones de franceses que ignoran hasta el nombre! ¿Pero, entonces, cómo serán los panoramas que están ya catalogados? ¿Cómo debe ser el Amazonas? ¿Cómo serán los Andes?

Cuesta trabajo, después de estas divagaciones, retrotraer sin más ni más, sencillamente, el pensamiento hacia la superficie real de esta inmensa zanja que corre a pleno raudal, a través de las llanuras aluviales más imponentes que existen, en las que proyecta esas mil pequeñas caletas que son otras tantas señales y jalones de las vacilaciones de su curso. Alguna de éstas que solicita mi atención desaparece bajo las manchas verde oro de los nenúfares; más allá empieza la impresión inicial que da el gran paisaje colombiano con ese río de metal sobre el verde intenso de las praderas, salpicado aquí y allá con los plumeros de los cocoteros; fértiles praderas de tinte musgoso y dorado en las que los pantanos humean, en las que los sonidos matinales se contestan, en las que el campesino de pie sobre su campo, mira. Las hierbas de las orillas ocultan bueyes inmóviles, sumidos hasta medio cuerpo en ellas. Pero el detalle típico por excelencia lo constituyen esos enjambres numerosos, esos vuelos torcidos, irregulares en el aire azul, de las cotorras gritonas y parleras, en tanto que, con aire desdeñoso, alguna hermosa garza, posada en la orilla, vuelve su largo

pico inquieto, inquieto por los círculos que los peces al saltar desarrollan en la superficie del agua. Sin la esbeltez de esos delgados fustes exóticos con penachos de plumas, sin esas bellas palmeras que miran hacia el suelo, se podría uno creer transportado a las ricas campiñas de que habla el poeta, que enmarcan las vertientes de los Alpes. Idéntica alegría anima este paisaje igualmente bucólico en el que casi se busca con los ojos al labrador mantuano. Aquí como allí el despertar de las alquerías, la evaporación de los talleres, se adornan con idéntico encanto pastoril y la mirada pasa sin fatiga de toda esta luz a los mil caprichos de la sombra.

Un francés simpático, dueño de una considerable explotación agrícola, me invitó a recorrerla. Su propiedad, feracísima y parcialmente inundada en este momento, se extiende a lo largo del río, mucho más allá de la vía férrea de Puerto Colombia. Desde luego no hay nada que ofrezca una vista más alentadora, un aspecto más sano que estos pastos en los que los animales desaparecen por completo, hundidos hasta la panza, en su propio alimento, del que sólo emergen los cuernos y los morros que **pacen** levantados.

Monto un buen caballo que me ofrece mi huésped, uno de esos animales seguros, acostumbrados a andar a trancos obligados por las matas y las serpientes y que llevan constantemente una marcha contorsionada, poco garbosa pero continua y sin sacudidas, el **paso**.

Y echamos a andar por las praderas, por los **potreros**, que son prados espesos y bajos; por entre los algodoneros altos y calurosos en extremo y a través de campos cubiertos de melones que se arrastran naturalmente sin necesidad de cuidados, sin campanas ridículas, al azar de la naturaleza.

De prisa, de prisa, hender ese mar de hierbas del que no se ven los límites, emborracharse a

fuerza de andar, pasar a escape con el ancho sombrero gacho por debajo de las acacias que, con sus ramas, azotan la cara; disfrutar por un segundo, pero intensamente, de la ilusión de poseer, de tener para sí en este mundo una propiedad tal que en cualquier punto de ella donde uno se sitúe no se divisen todos los linderos, una propiedad que no esté estrictamente descrita, **evaluada** en papel sellado como lo están las más pequeñas parcelas de nuestra tierra de Francia; disfrutar de la intensa emoción de sentirse dueño de una cosa casi ilimitada, de poder subir al horizonte y decirse: ¡todo eso es mío!

¡Oh vértigo de la carrera desenfrenada, embriaguez del espacio y de la velocidad! ¡Locas fantasías! Soñar con que se disfruta de un destino que no está escrito, soñar que se vive al aire libre, que se hacen jornadas de galope bajo la lluvia y el sol, que, con la imaginación artificialmente en tensión, se pasa a escape por entre esos rebaños que, plantados, le miran a uno de hito en hito con mirada plácida y con las mandíbulas inactivas, sentir por algunos instantes, en el alma loca de inmensidades, el efecto de la osadía, de la existencia intrépida y altiva de los gauchos.

Pasa otro día y ya navego, muy despacio, por la hermosa y lenta onda de este gran río, en una de las tardes más calurosas, camino del interior, camino de la capital, de Bogotá. Embarcados en el gran **steamer** de fondo plano y con rueda a popa, construído de acuerdo con el modelo uniforme de los **buques** fluviales de América del Sur, que avanza por esa extensión de agua, por ese abanico cenagoso dando una sensación de deslizamiento en extremo sedante, desfilamos ante las grandes lejanías verdes, a la vez rasas y sobreelevadas por encima de las que, Barranquilla, que ya se ha quedado atrás, emerge tan sólo por la **rojéz** de sus tejados semejante a un rebaño echado en el espesor de los prados. La ciudad va disminuyendo de

tamaño, cada vez se pierde más y más entre los pastos, entre esos inconmensurables espacios que la rodean, en los que la selva y el río, soledades gemelas, parecen mirar con ironía agitarse en sus márgenes al átomo. Bastarán algunas vueltas más del álabe para que desaparezca todo lo que aun recuerda al hombre, hasta las últimas praderas en las que se disemina el ganado, hasta esos rincones de campiña que recuerdan los paisajes al estilo de Potter, enriquecidos con bosquecillos y escenas campestres. Sin transición, tras un recodo del río, se presenta de improviso la naturaleza de estas latitudes en su totalidad y nos encontramos —¡por fin!— cara a cara con el mundo que yo he venido a ver, con el mundo tropical, exuberante y virgen en el marco soberbio de este Magdalena que aparta sus dos tupidas orillas para dejarnos ver mejor el horizonte de aguas y de bosques inverosímilmente abrumados por la luz. Y todavía estos primeros esplendores no son, según parece, más que un prólogo, un entremés para abrir el apetito; no me cuesta trabajo creerlo, ya que aquéllos se despliegan sobre las últimas prolongaciones de los légameos más diluídos de los aluviones magdalénicos. En efecto, en algunos sitios se advierten boquetes, ralos, en el manto regio de la vegetación, se acumulan estepas desiertas, salvajes y grises, pobladas tan sólo de cactus-cirios muertos o a punto de morir y cuyos estipes delgados se asemejan a los rodrigones de un majuelo abandonado.

Se presiente que los guijos están casi a flor de agua y que el lecho del río, repleto de cantos rodados acumulados durante siglos y siglos, prepara su desquite ayudado por las lluvias disolventes y torrenciales. Pero, y como para compensar lo desabrido del panorama, éste se anima con vuelos inesperados en torno de esos cactus, de pájaros de las **Mil y una noches**, de grullas de níveo plumaje, de turpiales negros y amarillos y de esos ágiles y deslumbrantes papagayos de **penas afila-**

das que tienen la parte superior del cuerpo azul y el vientre naranja, que llevan el nombre indefiniblemente onomatopéyico de **guacamayas**.

Y, finalmente, la garza, pájaro feudal, que vuela sobre el río con el cuello angallado y con las patas extendidas hacia atrás, como una S se desliza a lo largo de la cortina de los bosques azulados.

A veces nos cruzamos con otro barco, hermano gemelo del nuestro, que desciende arrastrado rápidamente por la corriente. Se ven los dos pisos, la alta torrecilla azul, las dos chimeneas a proa que parecen las antenas de un enorme insecto acuático. Y al cambiar de lejos los roncós, los tristes mugidos de ritual, nos damos cabal cuenta del efecto que debemos producir nosotros mismos con nuestro gran carapacho flotante que resulta extravagante en esta sucesión de magnificencias bárbaras e inmóviles, desiertas para nosotros en todo el curso de la navegación, excepto en algunos puntos habitados.

En algunos sitios se aventuran propiedades cultivadas; se distinguen la frondosidad lanceolada de los plátanos, la ondulación del cafetal achaparrado, el verde vivo de la caña de azúcar y la vegetación más oscura y que gusta más de la sombra de los cacaos. Todo surge confuso en el límite mismo de la selva, sin barreras que lo defiendan de la vegetación que amenaza arrollarlo, pero que, venciendo su empuje avasallador, acaba por constituir una sucesión ininterrumpida de plantaciones, magníficas unas, pobres otras, que costeamos hasta que llega la noche.

Con la noche teatral y repentina llegamos a Calamar, de donde arranca el ferrocarril de Cartagena.

Y aquí donde nos hemos detenido silenciosos, arrimados a la negra orilla donde nada se mueve, al poco rato empieza a llover. ¡Y cómo cae el agua! Afiebrada en la noche cálida, con tanta prisa que se diría que le falta tiempo, produciendo una múl-

tiple crepitación sobre nuestro techo de zinc, un murmullo fugitivo, nervioso, tan lúgubre que dan ganas de echarse a llorar. Parece que toda la tristeza de este día ardiente, acumulada en las zonas supremas del aire, se derrame ahora en millones de gotas a través de la oscuridad. Nada se mueve a bordo, todo duerme. No se oye más que el ruido continuo de esa cascada que se expande por doquier. Por debajo de mí, un poco de claridad, que proviene del fogón de la máquina, permite ver con su débil luz los hilos blancuzcos de agua que caen verticales sobre la impetuosa corriente del río color de chocolate claro, de castaño oscuro. Y de repente me pongo a soñar con todas estas tinieblas, con todos estos silencios amontonados a mi alrededor, y me veo a mí mismo bajo esta lluvia triste, incesante, perdido en esta inmensa región de la noche, solo, solo y tan lejos de mi casa...

Durante el segundo día de navegación el aspecto de la región experimenta pocas modificaciones. Son siempre hasta el infinito las mismas extensiones cubiertas de bosques, de ese terciopelo de árboles que tapiza la tierra ecuatorial; a veces parece que hubieran sido cuidados con esmero, pero con más frecuencia se muestran en todo su salvajismo primitivo y fastuoso, amenazador y laberíntico; en ocasiones cesan bruscamente para ceder el sitio a un océano de hierbas poblado de reses en ceba que domina la silueta altiva del **vaquero**.

Y, sin embargo, estamos todavía lejos del corazón extraordinario del reino vegetal. ¿Cuando lleguemos a él tendrán los ojos todavía alguna curiosidad? Con las lentas horas de inacción, con el acercamiento a que obliga la vida de a bordo, los pasajeros del **Vicente Lafaurie** se han descubierto los unos a los otros y se van formando tertulias. Como es natural, en el pasaje domina el elemento nacional. Entre él hay caballeros bogotanos simpáticos que vuelven de París, dos o tres

franceses que, como yo, van camino de la capital, donde residen, y cuya compañía fue para mí uno de los más felices imprevistos que me deparó esta travesía; finalmente, viajando con sus familias, había un enjambre de bellas colombianas, todas seductoras y algunas con facciones de una gracia cautivadora. ¿Qué encanto, verdaderamente difícil de comprender fuera de aquí, emana de esa perpetua sonrisa un poco soñadora, de esa despreocupación un poco infantil, tan alegre, con que realizan un viaje en el que han atravesado, casi sin darse cuenta, las selvas más formidables del Nuevo Mundo? ¡Son tan jóvenes, tan jóvenes! Una de ellas, sobre todo, que toca la guitarra, bonita como un querubín de Rafael, con la tez mate, con los ojazos llenos de luz y con unas pestañas soñadoras que Murillo puso en la Virgen de la Concepción, ¡qué bonita es! Causa una emoción refinada y profunda el ver una suavidad tan delicada rodeada de tantos peligros. Sin que ella se dé cuenta contemplo furtivamente, casi con la inquietud trémula del artista, esa exquisita y frágil flor nacida entre el bárbaro esplendor de la tierra americana.

Después de todo un día de no hacer nada, de calor, de añoranzas soñolientas del hogar, cae, siempre rápidamente, la noche, la gran noche llena de estrellas. Flota en el aire inefable y rara laxitud en que los sonidos extraños, las apariencias de ruido pasan como un floreo sobre el chirrido incansable de los élitros de las cigarras. Identifico todas las sensaciones ya experimentadas en mi noche de Indenié, igualmente azulada, igualmente incendiada por las luciérnagas y los astros. Y bruscamente se oye una música inesperada, una armonía humana, que, más que vibrar, punza con toda la fuerza de la queja musitada por las cuerdas de la guitarra, con toda la fuerza del amor y del dolor que expresa. Es a proa del barco, en plena sombra sobrenatural y exagerada, donde, en medio

de cuatro guitarristas, reconozco a mi Murillo de hace un momento. Ahora cantan, unen las modulaciones ardientes, la fuerza apasionada de las estrofas españolas con los sollozos metálicos que arrancan a las guitarras sus dedos finos. Y un escalofrío de deleite, de ensueño, me sacude, sensación que se va con las notas expirantes de su canción en el deslizamiento de estas aguas oscuras. Todo vuelve al silencio. Todo se desvanece, los pasajeros, el barco, hasta la respiración jadeante de la selva, hasta el gran sudario de sombra que nos rodea, de tal modo me siento presa de esa dulzura sincopada —eco de los mundos paradisíacos con que todos hemos soñado—, de ese timbre de soprano que termina sus ritmos, sus trinos de bengalí para caer como una cascada de perlas en las tinieblas del Magdalena.

Hacia la mitad de la tercera jornada recibimos inopinadamente el aporte del caudal de otro río que viene a confluír en frente de nosotros y que es tan potente, tan soberano como éste por el que navegamos. Es el Cauca.

Este hermano gemelo del Magdalena le aventaja por la violencia de su corriente. Más que éste, aquél desciende de las cimas donde se encuentran las cataratas y los saltos; perpetuamente acarrea, arrancados de las regiones que atraviesa, restos de todo género, islotes de hierbas —verdaderos trozos de las orillas—, troncos grises de árboles que flotan con las raíces al aire. A veces también arrastra cadáveres, piltrafas inmundas de animales y hasta de hombres, según dicen. Derivan esas pestilentes viajeras girando en la superficie de las aguas amarillentas, hinchadas y con el vientre al sol. De lejos se advierte sobre las mismas pequeñas siluetas que parecen estar muy atareadas y que atraen a otras que vienen no se sabe de dónde, y que se posan al lado de las primeras dando grandes aletazos. Esos zopilotes, con su plumaje de enterradores, se dejan arrastrar río abajo re-

gistrando aquel pudridero con su pico horrible y sacando, a tirones, las entrañas...

Tan pronto como la visión de ese torrente queda atrás, la potente tranquilidad del Magdalena renace, sus orillas no son ya más que una selva sin solución de continuidad. Empiezan a surgir de su lecho grandes bancos de arena amarilla y el misterio y el silencio de sus bosques son los mismos que debieron ser en los primeros tiempos de la creación.

En cambio, sobre las islas pedregosas, en pleno adormecimiento de la luz, descansa toda la fauna variada y numerosa propia de las aguas cálidas. La garzota, la **garza real**, estira su silueta imperiosa y escuálida que proyecta una tenue sombra, los buitres, los gallinazos, negros como cuervos, posados en el suelo, parecen meditar o esperar a percibir el hálito precursor del aire portador de emanaciones, con el pescuezo desplumado hundido en la gorguera gris que le rodea como en una levita de provinciano endomingado, bajo la mirada burlona de una hilera de caimanes. Estos saurios se alinean en filas, por tribus, a medio sumergir en el agua con una inmovilidad cadavérica que ofrece una semejanza peligrosa con las carcomidas trozas. Sólo de cerca se alcanza a distinguir sus mandíbulas estrechas y entreabiertas, que parecen bostezar, que miran al sol con una expresión en todos sus rasgos de glacial beatitud y, por decirlo así, de envidiable epicureísmo.

El número de ellos acaba por sorprender menos que la confiada seguridad de que parecen gozar en estas playas, en esos islotes de que ahora está profusamente salpicado el curso del río, apiñados alrededor de un árbol muerto que van cubriendo los incesantes aluviones. Apenas si, entre ellos, esos islotes dejan canales mal definidos que dan la impresión, un poco exagerada, de un Loira perezoso cuyas curvas se desarrollaran por entre todos los horizontes sucesivos de la selva. Suaves

sinuosidades que constituyen algo así como el lento valse del Magdalena.

Valse que más bien baila el enorme insecto de madera y zinc que nos lleva en su seno, valse que a la larga acaba por atontar con este calor, con esta orquesta de cigarras, bajo la luz de la araña suspendida de este enorme techo de terciopelo azul, de destellos cada vez más implacables.

Y así es como se nos aparece Magangué como incendiada, como devorada por el más deslumbrante resplandor; de lejos muy blanca, sentada o más bien oscilante al borde del agua, sobre las filtraciones del río, con un parecido —que con la proximidad se desvanece— a la ciudad indostánica que baña su graderío en las aguas del Ganges. Unico aspecto pintoresco que ofrecen estas aglomeraciones urbanas a las que atracamos varias veces en el día, aglomeraciones de importancia variable, pero de aspecto terriblemente idéntico —pobres oasis humanos perdidos en la gran selva colombiana— que contemplan correr el río desde la orilla escarpada, negra y carcomida. Una gran plaza cuadrada cubierta de hierba, cuyo fondo ocupa una mediocre iglesia con las campanas delicadamente alineadas contra el cielo, con cocoteros melancólicos cuyas palmas caen hacia el suelo, tal es el panorama con que tendrán que conformarse para siempre esos miles de vidas, de esperanzas y de añoranzas que en ellas residen.

La población muy mestizada y amarillenta, vestida con pantalones blancos y camisetas, con chambras y faldas de color, que ha encerrado en aquel marco su vida y sus ilusiones no parece triste, sin embargo. Tiene para entretenerse la eterna guitarra y el paso casi cotidiano de los barcos que distrae, a los que se va en busca de noticias, de refrescos, por curiosidad, del mismo modo que en provincias los burgueses van a la estación al paso del expreso de las 8-15. Mientras se cargan a bordo las provisiones de madera, con antelación ali-

neadas y cubicadas sobre el muelle, nos mezclamos con gusto a esas gentes cordiales y corteses, humildes, inteligentes y activas bajo su aspecto de indolencia. En ellas no hay nada de la baja doblez de nuestro labriego, nada de la fraternización sentimental y pegajosa del obrero; los orígenes se acusan innegables; es el resultado de la unión de la paciencia y de la mansedumbre indígenas con el donaire castellano que adornó al Cid y a *Almaviva*.

Y la comparación se impone entre estas gentes y nuestras plebes europeas sin cesar acuciadas por la miseria desamparada y por la necesidad de trabajo. ¿Qué diferencia a favor de las primeras con su sistema del *mínimum* de preocupaciones, del menor número de necesidades materiales! Hay ciertamente un fondo de filosofía en esa decisión de no trabajar más de lo necesario. En efecto, ¿para qué acumular dinero y matarse a trabajar? Y si esos **peones** conociesen al popular *Bonhome* (1), ¿no suscribirían ellos también su triste sabiduría?

El bienestar llega tarde y dura poco...

Pero esto dicho, y próximos ya a *Tamalameque*, en un punto en que el río describe una curva, me señalan una de las orillas y me dicen un nombre. La orilla es alta, verde, una verdadera banca de hierba; el nombre es siniestro, y lo mismo que la inolvidable página de *Hugo* sobre *Sedán*, proyecta de inmediato una sombra feroz sobre el lugar que designa: **La Humareda**. Esas cuatro sílabas no significan nada para aquéllos que no habiendo tenido, como yo, que venir por aquí, se han abstenido de empollar los fastos de la historia colombiana. Pero yo, por casualidad, sí; y con cierta curiosidad miro, miro esa orilla de *La Humareda*, testigo en tiempos pretéritos de una de las batallas más encarnizadas que hayan ensangrentado las revoluciones de este país, tumba del partido

(1) Debe referirse al libro muy popular de *Franklin* "*La science du bonhome Richard*".

radical que desde entonces no volvió a levantarse.

Mientras el barco se aleja disputo con la mirada al recodo del río que me lo va a raptar, el terreno donde tiempos atrás tuvo lugar esa loca matanza. ¡Qué verde está todo! ¡Cómo olvida la tierra! ¡Dios mío, qué poco rencor! Y viene a mi mente otro paisaje, otra excursión a lo trágico y al ensueño.

Era en Waterloo, entre los trigales que en junio maduran, entre los campos de espigas del Mont-Saint-Jean, entonces segados por las cargas furiosas de seis caballos lanzados a galope tendido y donde en aquella mañana no pasaba sobre ellos más que la larga ondulación de la brisa que hacía estremecer las espigas hasta los horizontes de Hougoumont y de Wavre. Mentalmente pedía yo a ese suelo épico una evocación, algo de aquellos a quienes la muerte había derribado y triturado sobre él. Instintivamente agucé el oído. Me parecía que iba a percibir el eco enloquecido, el clamor sin nombre rodando todavía desde el fondo de la historia a través de estas llanuras, estremecido aun por los hechos de 1815... Chocar de sables, frentes inmóviles de regimientos, voces de mando lejanas que se van repitiendo, la pequeña silueta gris en lo alto de la Belle Aliance y cien mil pechos clamando: ¡Viva el Emperador! Era una quimera y... de repente una voz... "No hay que meterse por las centeneras, sabes, señor", grita de improviso a mi espalda el guarda jurado. Pensé en aquel escalofrío desagradable, luégo en Waterloo, allá, tan lejos; y estaba contemplando el pequeño rincón de La Humareda, tan verde, tan lozano, cuando de nuevo (fatal coincidencia aquí lo mismo que allá) una voz me interpeló, pero esta vez era una voz arrulladora, alegre, que decía: "¿Un cigarrillo, señor?", y acompañando el gesto con una sonrisa, la bonita mano blanca de mi Murillo me presentó la pitillera.

Con este Murillo y con todos los demás Muri-

llos que formaban el alegre grupo de sus compañeras, juntamente con mis ya buenos amigos M. y F. y con otros distinguidos colombianos, entre los que figuraba el doctor Insignares, ministro de Educación Pública, de quien conservo el mejor recuerdo, constituyó para mí un verdadero placer el familiarizarme con las peculiaridades y las exquisiteces del castellano, del que antes sólo sabía aquellas frases sueltas de los manuales de conversación indispensables para vivir y acampar.

¡Qué rica, flexible y profunda para expresar el deseo es esa lengua en que hablaron Carlos V y Velázquez! Es perfectamente adecuada para aquellos que divinizaron en la Virgen el culto mundano y un poco idolátrico de la mujer. Está lleno de bonitas expresiones que parece que no pueden suurrarse más que con una rodilla en tierra y con una mano puesta sobre el corazón. A aquella mujer cuya mano fue estrechada con ardor por la vuestra y cuyos ojos buscaron los vuestros, habrá de expresársela la aquiescencia con esta frase suavísima: “¡Sí, su merced!” “¡Oh, esto no tiene traducción en francés! Quiere decir: ¡Sí, vuestra gracia! Esa frase pone de manifiesto la omnipotencia, la soberanía del encanto de la elegida, expresa la entrega total, el abandono absoluto que se hace del destino entre sus manitas suaves y bajo su mirada adorable. Y talvez acaricie vuestro oído la palabra tierna por excelencia: “Mi amo”, que quiere decir también “amigo mío”.

Hay, además, en esa lengua, un no sé qué de dignidad, de reserva, hasta en el trato íntimo, hasta entre padres e hijos. Da una sensación difícil de definir, pero que respira cierta grandeza hereditaria, una encantadora nobleza, cuando se oye a una muchacha dirigirse a su madre con la palabra “Señora”; tiene un poco de sabor a ese siglo XVIII en que el conde de Chateaubriand al hablar a su hijo le llamaba “caballero”.

En los niños se advierte ya una conciencia de

sus derechos, de su altivez natural, de su rango, de una especie de fueros familiares análogos a los de las ciudades, que observan y que les gusta que los demás observen para con ellos. A este respecto me refirieron la siguiente anécdota de Arboleda, el gran orador y literato neogranadino: un día que su madre, señora seca y autoritaria, le expresaba sus deseos en tono terminante, como éstos no parecieran al hijo ni justificados ni oportunos y éste opusiese una resistencia respetuosa pero decidida, la colombiana, acostumbrada a ver doblegarse todo ante su autoridad, impacientóse, perdió poco a poco la serenidad materna y encolezada exclamó: “¡Por la vida que usted me debe!” “No la debo nada, señora, replicó secamente Arboleda. Me ha engendrado usted por placer, me ha llevado en su seno por necesidad y me ha dado a luz por casualidad.” Poco antes de llegar a Morales, en un recodo del río, el horizonte se ensancha. El río parece retroceder, como un espectador, y en su totalidad, inmenso, el previsto grandioso panorama se despliega ante nuestros ojos. ¡Los Andes! Pocas veces sílabas tan sonoras han provocado en mí intuiciones tan desconcertantes. Experimento un gozo ingenuo en repetírmelas a mí mismo y contemplo esas cordilleras con la emoción que la geografía produce en los niños dotados de imaginación. ¡Los Andes! La voz y el pensamiento ascienden a la par hacia los festones azulados de sus cumbres como si no se pudiera pronunciar ese nombre más que levantando la mirada.

Y realmente, ¡qué aparato escénico más fascinador! ¡Espectáculo inmóvil lleno de solemnidad silenciosa! A nuestro alrededor el verdor ecuatorial, las aguas cálidas y doradas, y allá arriba, en los miradores del infinito, esas cimas están tan próximas al cielo que se han revestido con su azul, el invierno irguiéndose límpido sobre el verano;

la tranquilidad olímpica de los viejos titanes que, sentados, contemplan la alegría del universo.

El milagro de la latitud rodea por completo a las cordilleras. Y las nubes, que de costumbre empañan la frente sublime de los Andes, se apartan ahora como en señal de respeto. Se pueden apreciar los repliegues, los valles, se adivinan las cadenas, las depresiones reales marcadas por trazos de azul marino. Las más lejanas, las más altas, forman una sierra continua sobre el azul del cielo que va palideciendo con la languidez del crepúsculo. Contraste magnífico con el color violeta de su base, con el horizonte raso de la selva que extiende finalmente su color verde oscuro, que el declinar del día descompone; mientras que los eternos urubus, tan inmediatos a nosotros, parecen no obstante planear sobre la vertiente misma de las montañas.

Luégo, la silueta aborregada de la selva que llega en pocos minutos al negro violento y el dibujo geométrico de las cimas que se funden en la atonía del cielo mueren ambos.

Por encima de ellos pronto ascenderán columnas de humo, verdaderos sacacorchos de nubes que precipitan su frescura en el Magdalena torrentoso, invisible y mudo entre todos los confusos cánticos de la sombra. Y la noche, la inmensa noche sepulcral desciende sobre el conjunto.

En las proximidades de Somagoso se entra por fin en el corazón del más suntuoso de los imperios que pueda ofrecer la naturaleza virgen. Infinidad de bambús reunidos en haces como las fascas de los lictores, espléndidos árboles y tramas apretadas de bejucos, cortinas de hojas que tapan los intersticios del bosque, todo esto brota sin esfuerzo de este suelo ubérrimo. Esta vez experimento total, poderosa y viva la sensación de la Guinea, con sus excesos de vegetación, con sus verdaderas cataratas de follaje. Y sin embargo, allí había, además, por encima del océano de cabelleras ver-

des, una sensación especial de desesperanza ilimitada que nada aquí recuerda. Aquellas soledades eran agobiadoras, más sombrías, pesaban más sobre la ruin miseria humana. Uno se sentía más inexorablemente emparedado. En los reducidos claros de las aldeas encerradas en el círculo de los linderos del bosque, cortados a pico como un acantilado, se aspiraba febrilmente hacia el círculo de cielo que dejaban ver sus cimas; pero hasta ese cielo era de plomo y no irradiaba más que abatimiento y dolor. Todos los árboles, derechos, permanecían inmóviles, a medio cubrir por su pesado follaje muerto. A veces el paisaje era tan mudo, tan implacablemente rígido, que parecía metálico, como si se hubiera súbitamente petrificado. Nunca se divisaba un trozo de horizonte: no se podía ascender a una colina para ver, para respirar sin encontrar por encima y alrededor de sí la misma profundidad entumecida de la selva y el mismo suelo triste bajo la humedad del día sin luz. De continuo se suspiraba con angustia por ese disco de aire libre que era toda la vida y por el que jamás pasó un soplo de brisa. Aquí hay un no sé qué de menos pesado, de más aireado que le defiende a uno de un poder vegetal casi semejante a aquél. Tal vez —de ello estoy seguro— el sol es aquí menos violento, está menos cargado de maldición, de rencorosa luz. Parece menos empeñado en derribar al mundo, y finalmente se encuentra en estos amontonamientos de follaje más variedad, más alegría. Son menos tupidos, presentan retrocesos, avenidas encantadoras, fugas de sombra y de luz en medio de profundidades tentadoras. No se ve aquella sombra precipitarse sobre el río en cascadas monótonas durante leguas y leguas, desde lo alto de las copas de los bambúes; y, sobre todo, sus matices son vivos, claros. Pasan rápidamente del verde jade al esmeralda. No es el verde oscuro barnizado, el verde inglés de la manigua africana. Aquello es colosal y esto es ligero.

Henos aquí en el corazón de los territorios del sol, donde vuelan pájaros espléndidos, en los que los caimanes, extendidos sobre el cieno, contemplan con los ojos entornados el reflejo de las aguas. Nada perturba a estos reyes del Magdalena; ni siquiera se dignan salir de su letargo cuando pasa, ante los bancos de arena donde seestean, nuestra casa flotante, con el estrépito que produce el álabe; hasta tal punto se consideran verdaderos amos de este reino del agua en el que los saurios precedieron a los hombres.

Y mientras de codos en el empalletado contemplo con miradas insaciables desfilan todo este derroche de lujo ecuatorial, entumecido y fastuoso, el sonido de la mandolina, que tanto me gusta, musita una vez más, quejumbroso y tierno, a través de esta luz inmisericorde, en este escenario salvaje de aguas y de verdes, un suspiro como jamás frase humana pudo expresar... **El paso de la reina...** Y hasta se oye y hasta se ve por una de las calles de Toledo, en un día de sol como éste, pasar majestuosa su sombra delicada a lo largo de las paredes... Luégo, la reina que pasa, la reina hermosa como un ángel, ataviada de seda y oro y que aun siendo reina no puede menos de detenerse sorprendida para escuchar encantada, y de aproximarse, conteniendo la respiración, a la ventana enrejada por donde se filtra el encanto de la tonadilla de una guitarra. Y oyéndola me pasa a mí lo mismo que a la reina de Toledo; una asociación de ideas misteriosa pero indisoluble una para mí el espectáculo de este mundo virgen a las melodías que lo acompañan y no puedo ya contemplar las cimas de los bosques, su eterno verano, la orilla sumergida en su tibio sopor, sin oír en el acto el murmullo de la mandolina, tan triste, tan sonriente como una de esas obsesionantes melopeas que a determinadas horas parecen constituir la trama de la vida.

En Puerto Berrío, expuesto al sol en un mean-

dro del río un poco más majestuoso que los otros, se divisan, al pie de una colina en saliente, unos vagones grises, algo así como una estación embrionaria unida a un hotel. Es la cabeza de la línea del ferrocarril de Medellín. En la actualidad sólo avanza en la dirección proyectada unos sesenta kilómetros, pero se desquita de la lentitud con que progresan las obras con el atrevimiento, muy americano, de su tendido. Tiene trincheras de una audacia infantil, pendientes espantosas que suelen terminar en curvas tangentes a verdaderos abismos. Sin esperar a que esté terminada la línea, la "tracción" y la "vía" hacen ya de las suyas, talvez para no ser menos que las grandes líneas europeas. El mes pasado se inauguraron algunos kilómetros. El sol y el champaña tomaron parte en la fiesta. Después de comer y beber el elemento oficial subió al tren. En esta clase de solemnidades las corporaciones prefieren, con prudencia digna de loa, los vagones de cola, dejando el papel de parachoques eventuales a los villanos, a los caballeros descalzos que llevan costal y garrote. Suerte tuvieron. El tren, ebrio él también, por tan importante ceremonia, perdió la cabeza o los frenos, descendió en pleno vértigo la trágica pendiente, y dando una voltereta, fue a parar al precipicio, de donde se extrajeron treinta y tres cadáveres.

¡Bah! ¡Gente de poco más o menos! Y por otra parte, aquí se está acostumbrado a estos tropiezos. Nuestra vida europea parecería aquí, con sus avenidas terminadas, con sus parapetos obligatorios, con su máximo de seguridad, insípida. Hasta el mismo río, que parece tan inofensivo, está lleno de restos de buques similares al nuestro. Casi todos los días cruzamos una torreta a flor de agua, calderas rescatadas y sacadas a la orilla, desastres debidos a algún tronco de árbol flotante, a uno de esos temibles escollos que pululan en los limos amarillentos. ¿Creen ustedes que la gen-

te se asusta? ¡Quiá! El gobierno posee dos dragas destinadas a retirar los troncos, que operan con la misma prudente lentitud con que las Danaides llenaban su tonel. Ayer precisamente cruzamos a la segunda de ellas. Los marineros en su mayor parte llevaban pantalones rojos. Con el tono más natural se me explicó esta particularidad: un batallón que viajaba por el río naufragó sin que la mayor parte de esos desgraciados pudiera salvarse y los “devastadores” de ocasión, por derecho de naufragio, quitaron a los cadáveres las prendas con que los vimos vestidos. ¡Oh filosofía de lo útil!

Más abajo, aguas abajo de Angostura, el río de repente se estrecha. Es un desfiladero sobre cuyo horror, hasta hace poco, se ejercitaba la rica imaginación de los narradores. Lástima que lo maravilloso de las descripciones disminuya con los progresos de la locomoción y con las mayores posibilidades de control. Hoy, un millar de viajeros por semana franquea el paso de Angostura sin encontrarse con Caribdis ni Escila amenazantes con sus mandíbulas crujientes y sus manos trémulas. Profundo y rápido, sin más, el río corre entre dos acantilados abruptos horadados por su paciencia secular, y el nombre del pueblo colgado en la orilla en este sitio recuerda precisamente el abismo por el que corre tormentoso el Magdalena.

Con Buenavista casi llegamos al término de nuestra navegación. Los Andes reaparecen, pero esta vez muy cerca, como si al conjuro de una varita mágica se hubiesen súbitamente aproximado, hiriendo el cielo con sus agujas brillantes. Mejor ahora que nunca se perciben los mil detalles, las arquitecturas, la multitud de oquedades netas y azuladas. Ese mundo confuso de valles, de torres, de nubes, de aguileras aéreas, de contrafuertes superpuestos, parece reflejar su frescura, la incomparable transparencia de su atmósfera, sobre la aldea luminosa y alegre que está a su pie, ma-

tizada por el verde de los cocoteros, por el gris de sus tejados de hierba y con un aspecto tan bucólico al borde del magnífico cauce.

¡Buenavista la bien llamada, con su aspecto de centinela, de vivaque avanzado al pie de las primeras grandes cadenas de montañas americanas! Esta es la cordillera de Samaná. Constituye el segundo ramal importante del nudo montañoso de Antioquia, del que en ocasiones ya hemos advertido, durante estos últimos días, las ramificaciones secundarias. En espera de que algunas vueltas del álabo —una galopada— traigan a nuestros pies las aristas centrales, se puede ya conjeturar lo que será la realidad por las promesas que de lejos ofrecen; respiran entusiasmo bajo este cielo nuevo y esta magia de luz y de éter. Permanecen fieles a ese hermoso epíteto griego: graderío del infinito. **Thêon ochêma**. Con la voz débil y embrujadora de sus torrentes y de sus aludes nos fascinan, nos llaman, tienen prisa de apoderarse de nuestro corazón, de quitarnos la respiración, de entregarse a nosotros sobre los últimos picachos al igual de las prometidas salvajes que quieren ser conquistadas por la fuerza. El poeta las llamó amparo y refugio de la libertad sacrosanta. Nada hay más cierto aquí, y sobre todo aquí.

El **Eskualdunac** que colgaba en el hogar, repitiendo su feroz canto de guerra, las flechas que sirvieron en Roncesvalles, el arquero rebelde de Altorf que bebía en el torrente la altivez de Rütli, tuvieron su hermano póstumo en el pobre indio de tierra fría inclinado sobre las vertientes de los Andes, cuyo acoso sólo cesaba allí donde el aire faltaba a los pulmones de sus perseguidores. En efecto, la montaña es el último tramo en la subida del hombre hacia Dios, afina al que la conquista y un ejemplo convincente nos suministra la prueba de cómo la diferencia de altitud hizo de dos razas hermanas dos antípodas humanos: los incas, muiscas y toltecos arriba, los motilonos y

orejones antropófagos abajo. Y esta afirmación se puede apoyar si fuera necesario con un hecho poco conocido. Los andaquíes, antaño una de las tribus más civilizadas de Nueva Granada, que dejaron en las alturas de San Agustín, en el Huila, templos y estatuillas de oro curiosísimas, entraron en una evolución retrógrada el día en que los españoles, después de haberse entregado sobre ellos al exterminio sin excusa del Llano de la Matanza, les obligaron a abandonar sus mesetas. Volvieron a la barbarie en los bosques del Caquetá, en el que aun se les encuentra ignorantes y degenerados. ¡El mar y la montaña, he ahí los dos grandes civilizadores del género humano!

Ya se perfila el término de nuestro viaje fluvial. A nuestra derecha aparece una larga aglomeración de cobertizos, al pie de la selva bruscamente cortada. Contra la orilla hay otros barcos, otros carapachos de zinc oblicuamente amarrados. Es La Dorada, cabeza de línea del ferrocarril de Honda, importante centro comercial, puerta única del tránsito para el alto Magdalena, para Bogotá, para Cundinamarca, para el Tolima, para todo ese inmenso país que está detrás. Desde luego, se advierte el mayor desorden entre tantas cosas heteróclitas amontonadas sin orden ni concierto en almacenes rudimentarios, en espera de ser expeditas hacia el interior o hacia la costa. Pesados o frágiles, intactos o desfondados los sacos de minerales o de café, las barricas de resina, las canastas de loza que desbordan, los fardos de tejidos cuyos cinchos han saltado, los trapiches para la caña de azúcar y los cascotes enormes de las locomotoras atestiguan, no obstante, una vitalidad comercial tan en auge como sedienta de orden.

Con buen humor todos los pasajeros del barco han logrado acomodarse en el tren que corre ahora presuroso, a toda velocidad, a través de un paisaje variado, interesante, constituido, primero,

por malezas pantanosas, y después por mesetas de aluviones auríferos en las que los acantilados alcanzan sus siluetas desgarradas, restos de erosiones terciarias. A la izquierda el Magdalena, por un instante desaparecido, se nos une de nuevo, ahora iracundo, innavegable, estrechado él, el río ancho de un kilómetro, hasta el punto de que sus orillas están al alcance de la pedrada de un niño. Y para franquear con él la brecha gigante que abriera con sus esfuerzos de siglos en estas montañas, la vía que de un lado domina los ocres burbujeos, por el otro se pega a la muralla sonora constituida por areniscas y vetas de areniscas de un espesor prodigioso, prensadas, cimentadas y aglomeradas en las edades antediluvianas por el agua, el calor y los agentes dinámicos. Una muralla suspendida sin puntales, una muralla aurífera lo mismo que todo el fondo detrítico del valle. Después el corte se aleja un poco de ella y el tren se detiene, por fin, en un horno, en una estación minúscula, caldeada al rojo por el sol, en el hueco de un circo de montañas rojizas, desnudas, devoradas por la luz melancólica.

¡Honda! ¡Honda! Ciudad pequeña, blanquecina, que domina este paisaje severo, desolado. Los españoles la designaron exactamente con ese adjetivo que significa profunda. Lo que en el acto impresiona es el exceso y el matiz sin encanto de la reverberación. Por todas partes no se ven más que alturas escarpadas, próximas las unas a las otras; sólo se ven los tres perfiles de unas cimas rugosas que descienden suavemente. Recogida en sí misma, en su árida jofaina, Honda está, a su vez, horadada por los barrancos de dos ríos, pues es aquí mismo, a dos pasos del puente de hierro, donde el Magdalena, ya tan enfurecido, recibe las aguas rojizas y tumultuosas del Gualí.

Ese confluente de aguas limosas que desciende de Neiva y de las cordilleras blancas, ese torrente color de ladrillo que viene de la región de las

minas, saltando sobre rocas enormes con su eterno murmullo, esa brecha del Magdalena encajonada entre orillas de cantos, y finalmente esas escarpaduras que la circundan, desnudas, pedregosas, de un color a la vez pardo, rosa y violáceo, todo ello da a la antigua ciudad un aspecto de cataclismo, una apariencia desgarrada, lúgubre y a la vez atrayente.

Todo arde en la límpida refulgencia del cenit; los círculos que lentamente trazan los buitres se cortan unos a otros, y el sol de medio día, de plomo, cayendo perpendicular, aplasta ese amontonamiento de cantos grises y de cales blancas.

Los urubus, los montes color de rosa, las paredes blancas y las piedras, las cosas y hasta el aire mismo que circula entre estos contrafuertes de los Andes, todo reviste una tonalidad ardiente, violácea.

También hay ruinas, paredes que permanecen en pie por milagro, huecos sin puertas ni ventanas, casas antiguas cuyos tejados se han venido abajo. Dramáticos escombros del terremoto que en 1805 sacudió la ciudad entonces tan floreciente, y que en una noche se tragó, según afirma la crónica local, de seis a siete mil de sus habitantes.

Aquello fue el fin de esta capital que había conocido épocas de esplendor cuando, siendo depósito general de las riquezas de América del Sur, veía afluir, al amparo de sus tesorerías, las barras de oro y de plata del Perú, obligadas a seguir la ruta andina por temor a los corsarios ingleses del Pacífico. Hoy sólo los minerales de Frías se amontonan, dentro de sus sacos negros, en el mismo sitio en que desembarcaban, antaño, para franquear los **chorros**, los futuros doblones de Felipe II.

Pero la brecha que en la lejanía de los tiempos abrió el furor impetuoso del río, también hace soñar. A las orillas a pico tan violentamente hora-

dadas, a las rocas pulidas que yacen por doquier, se las piden cuentas del trabajo de titán que debió en su día rendir esa masa de agua para llevarse por delante la barrera levantada por los Andes, para abrirse un cauce entre sus dos ramales. En los flancos paralelos de las colinas del este, entre los que el río corre relativamente sin esfuerzo, se advierten como pisos sucesivos que van descendiendo hasta su nivel actual. Se piensa en las épocas prehistóricas, en las que las sombras llegaban hasta allá arriba, hasta esa última erosión de las cumbres, en las épocas en las que este embudo que ahora recorremos era el fondo de un lago de doscientos metros de profundidad, en las que todo el hermoso y gigantesco valle que por detrás se extiende hasta Neiva, talvez no era más que una capa de agua limosa. ¡Qué cataclismos, qué abismos sin testigos oculares que les contemplaran!

Y por una asociación de ideas muy íntima, mi pensamiento retrocede hasta uno de esos lejanos panoramas que siempre me parecieron impresos de la melancolía más personal y menos susceptible de análisis, hasta esa llanura encajonada del Valais que antaño llenaron también, hasta que se escaparan forzando los Alpes, las aguas del Ródano; hasta el adorable paisaje que dominan las torres calcáreas de la Muela de Morcles, las deslumbrantes nieves de la Dent de Midi, más allá de la que el castillo de Chillon, en saliente sobre su roca, refleja sus techumbres de pizarra en el espejo inefable del lago Lemán...

Así, pues, en el camino de Bogotá, en el que la tierra y los guijos sobre los que ando me queman ya los pies, donde la fiebre de las alturas se nutre con los 37° que marca el termómetro, Honda no es más que una etapa obligada y de las más transitorias. La posada —un eufemismo generoso la califica de Gran Hotel— permite darse cuenta exacta de lo que fuera el ventorrillo de tiempos

pasados, en el que se cambiaba de botas y de caballos antes de aventurarse en los pasos accidentados del camino. En efecto, como el ferrocarril termina aquí, al pie de las montañas, es a lomo de mula o a caballo como habremos de continuar el viaje. El grupo cordial que formábamos casi desde Francia se va a dislocar ahora, según las exigencias de la edad o del carácter de cada cual. Cuatro de nosotros tomaremos la delantera en calidad de jinetes consumados y los demás nos seguirán de lejos a su paso, por jornadas cortas, algunos llevados en sillas.

Con verdadero sentimiento, con votos reiterados y fervientes como se acostumbra en todas partes y más aún en este país tan cortés, nos separamos, no sin repetir mil veces: ¡hasta la vista! ¡hasta Bogotá!, y a través de ellos me pareció adivinar en algunos ojos bonitos algo así como una ligera desilusión al ver partir la alegre vanguardia que constituíamos; pero es que contábamos devorar el camino a la francesa para llegar en tres días.

Y sin perder tiempo nos dirigimos hacia el corral, a la entrada misma del hotel, y en medio de un barullo indescriptible de gentes y de animales, del estrépito de coces, de palabrotas, del tintineo que producen los frenos al ser arrastrados por las piedras, vamos a dar el vistazo del amo a la batahola decisiva que precede y que hace posibles las odiseas. Desembalaje ruidoso de las sillas, de las bridas, de los estribos, entradas y salidas atropelladas de las **bestias, mulas de carga**, que ofrecen a nuestro examen y que tropiezan con violencia en el quicio de las puertas; finalmente, embalaje, acondicionamiento e impermeabilización del equipaje envolviéndolo en una tela embreada, equipaje que nos escoltará llevado por las mulas, no sin correr el riesgo casi reglamentario de choques, de roturas y hasta de rodar por el fango y de despeñarse por los precipicios.

Y como para completar este desorden pintoresco y necesario llegan, como una tromba, unos jinetes, con aire de importancia y con trazas de tener mucha prisa, se detienen en el umbral, cambian entre sí monosílabos sin importancia, manotean y se marchan al galope. Y yo mismo, contagiado, no puedo soportar ya mi traje de peatón y en cuanto escojo la cabalgadura que me ha de llevar a través de los Andes, me divierto endosando el traje de viaje que se usa en Colombia.

Primero el pantalón: dos inmensas fundas de tela gris unidas por la cintura, que se llaman **zamarros**, en las que se meten las piernas. Después paso la cabeza por la hendedura de la **ruana**, que es un sencillo rectángulo de paño sumamente práctico para resguardarse del sol y que cae formando pliegues alrededor de los hombros. Me encasquetó luego el gran sombrero llamado de Panamá, pero que se hace en Guayaquil, blanco, con la copa de forma cónica que preserva de la lluvia y del sol y, finalmente, hago poner unas correas a las formidables espuelas cuyas rodajas, levantadas a la mexicana, son más grandes que un doblón, espuelas taraceadas de las que cada losa arranca un tintineo conquistador y que acabé por calzarme; completan la silla de perilla alta y de frontera levantada los estribos, casi morunos, que son unos pesados zuecos de cobre cincelado, excelentes para protegerse de las rozaduras de las rocas y de los choques contra los estribos del vecino. Y he aquí que instantáneamente, ¡oh mágica influencia de un simple traje y del medio ambiente!, me siento ya un poco americanizado, dispuesto a todos los gongorismos y a todas las fatuidades. Como a Tartarín me ilumina la inocencia y espontáneamente se me ocurren actitudes picarescas. Me muevo en un ambiente de exageración y de fe y mi satisfacción no conoce límites si al cruzarme con un peón éste me saluda tomándome por un hijo auténtico de esta tierra. Por un mila-

gro de intuición comprendo cuánto haya podido pensar Quesada. Y no me admiraría si Benalcázar, al salir de la plaza, gritara al verme caracolear: ¡Muy bien, hijo!

Después de haber desempeñado en esta forma, concienzudamente, el papel de majo de pueblo, el poeta que todo viajero lleva en sí resurge a la llamada del crepúsculo, tan conmovedora en estos anfiteatros llenos de colorido. Un sibaritismo intuitivo nos lleva a dos amigos y a mí a escoger como observatorio una colina que se alza frente a nosotros para desde allí percibir la postrera irrisación del sol. Atravesando de nuevo el Gualí, esta vez por un puente de madera bárbaramente inestable y oscilante, nos encontramos en el flanco de una cúspide acariciada por los rayos oblicuos, violáceos del sol, que exige para llegar hasta ella una subida áspera y trabajosa por entre piedras. Sobre el suelo se alarga desmesuradamente la silueta parda y azulada de los cactos demasiado esbeltos y cuyas columnas endebles parecen desafiar el equilibrio; otros cactos más achaparrados tuercen sus palas estrelladas de espinas doradas, y pájaros que no se ven se recogen piando al amparo de las malezas.

Pero cuando llegamos a lo alto del todo, ante el espléndido y sinuoso valle del Magdalena, tapizado ya de vapores azulados, cuando dominamos este panorama de barrancos, de derrumbes, de osamentas, de mesetas acariciadas por una luz casi rosa, la suavidad lastimera de semejante panorama nos hace enmudecer. Esta luz desolada que muere sobre América, pero que baña aun los picos de sus montes con un reflejo malva y oro, ese cielo preñado de una suprema paz, de una palidez agotada, esos círculos que trazan los buitres... Mientras hay una claridad en la cúspide de los últimos Andes permanecemos inmóviles prolongando fugaces ensueños. E implacable el sol se pone del todo a nuestros ojos.

Los cascos de la recua de mulas resuenan alegremente contra las piedras de las calles tortuosas, entre las **tiendas**, aun cerradas, del pueblo; principia la tercera semana de viaje. Como siempre, la partida tiene lugar en una mañana radiante y neblinosa. Detrás de las ventanas cerradas de las viejas casas españolas los **hondeños** duermen al arrullo del río que canta durante la noche y que acuna lo mismo que el ruido del mar.

Casi en seguida hemos vuelto a encontrar al Magdalena, siempre encajonado y saltando sobre nuevos obstáculos en miles de cascadas diminutas, en una palabra, volviendo al desfiladero, a sus puertas de hierro de Yegua. Aquí la montaña es de tierra mueble, resbaladiza, y el camino angosto, trazado entre ella y la impetuosidad del torrente, se desmorona cada día un poco más, bajo el influjo de su infatigable roedura.

El **Salto de Honda**, raudal intermitente de dos kilómetros de largo, es el umbral que separa los dos feudos del río, el inferior y el superior, viniendo a constituir una especie de marca entre dos regiones completamente diferentes. Más allá, aguas arriba, empieza una segunda Colombia, una Colombia de amontonamientos ciclópeos y de soledades rasas, de horizontes más grandiosos y más muertos: es el ensimismamiento de la estepa y de la montaña que reemplaza a las orgías y al libertinaje de la selva virgen. De ella tendremos, dentro de poco, la visión más alta y definitiva cuando hayamos cruzado el río, del otro lado del cual pasa el verdadero camino de Bogotá.

La balsa tradicional, una polea que rechina al correr a lo largo de un cable. Inmediatamente después de haber saltado a tierra montamos de nuevo a caballo, abandonando a su suerte a los peones y a la impedimenta, y tomamos a escape la delantera para llegar antes de que la noche venga a la posada del Vergel.

Carretera propiamente dicha no existe. Un ca-

mino de montaña, pedregoso, roído por las lluvias, obstruído por los derrumbes y, en resumidas cuentas, lleno de imprevistos. La carretera, según parece, se va construyendo sin afán, diez leguas más al norte, y mientras tanto este sendero, cuya sola preocupación es la de abreviar la distancia, corta por lo más derecho, sube, baja, escala desfiladeros, unas veces es una cinta blanca y polvorienta que ladea las colinas, otras un incierto apelmazamiento de fango, tan pronto es un túnel de verdura o vuelve a presentarse tortuoso en el fondo de un barranco trágico entre los salientes panzudos de las rocas que lo estrechan. ¿Atravesaremos algún bosque? Los saltamontes nos envían sus reflejos metálicos; a veces se ve multiplicarse por el suelo extraños regueros verdes, procesiones interminables de hormigas arrieras que tanto abundan en este país: cada una de ellas lleva diligente hacia sus nidos misteriosos, en el fondo de espesuras impenetrables, un trozo de hoja, siempre verde, cortada por ella misma. ¿Es el oficio lo que ha hecho que se las dé el mismo nombre que a los que van detrás —en arrière— de la mula de carga? Pero, además, ¿en qué emplean tantos materiales sin cesar acumulados? ¿Qué extraña necesidad experimentan de recorrer tanta distancia en regiones en las que las hojas, a Dios gracias, no faltan? O en el caso de que se trate de hojas especiales, ¿por qué sus nidos o sus habitaciones no se encuentran al pie de los árboles que las producen? Misterio. Pero siempre impresiona la eterna lección de actividad insensible a los climas más tórridos. ¿De dónde proviene ese instinto de trabajo asiduo? ¿Qué puede ocultar el encéfalo de una hormiga?

Entre tanto, hacia la derecha, se descubren todavía, por intervalos, entre las rocas, las hermosas sinuosidades del río, que brillan en las hoyadas de los valles cubiertos de árboles. Los bosquecillos se suceden y sus bóvedas susurrantes se ani-

man con el continuo ir y venir de recuas de mulas que vuelven de vacío con los flancos ensangrentados y cuyo encontronazo ciego sólo se puede evitar con un quiebro rápido; los arrieros que van a pie detrás de ellas se quitan el sombrero cuando nos ven. (No sabría definir la especie de compasión singularísima que me invade cada vez al ver las caras con expresión sumisa y apagada de esos fieles servidores, al devolverles, como amigo, el saludo que me hacen con una mirada tan humilde de sus ojos tan buenos.)

Un poco más arriba las vertientes de las montañas que nos oprimen, retroceden. Entonces la vista vaga tranquila sobre las ricas sabanas cuajadas de ganado. En el resplandor del día ya caliente las laderas en las que el camino ha trazado su surco estrecho y porfiado, se escalonan. Cada media hora, por lo general, aparece al borde de un campo, a la orilla de un bosque, la casa rústica, enjalbegada, que alberga los bueyes de labor, que rodean los perros, los **piscos** (pavos de América), de cuerpo fino y, en fin, y sobre todo, los rapaces, minúsculos hombrecillos con expresión demasiado seria para su edad, que corretean por todas partes salpicados de barro, con sus ojos de esmalte negro, con sus curiosas pupilas indias que brillan en una careta de chinito descolorizada por el polvo. Contiguo a la casa hay casi siempre un rancho de techo alto, circular, por el estilo de los refugios rústicos del Bois de Boulogne, en los que se entrá a caballo y al trote para beber, sin apear-se, la jarra de leche que sirve el honrado labrador de esa pequeña propiedad. A veces se sustituye esta bebida espumosa por un trago de **aguardiente**, anisado, al que pronto se acostumbra uno.

Después de todo no me quejo de lo pintoresco, de lo duro de este camino, ya sea que se adentre por zonas de sombra azul que contornean grandes alturas, ya sea que descubra perspectivas por entre la pesada poesía de las lejanías o que pa-

se a lo largo de estrechos desfiladeros en los que nos entumece la humedad que rezuman. Por lo demás, el camino se hace cada vez más accidentado, presentándose a manera de escaleras o de coronamientos sobre abismos, según el capricho, o los trastornos de las entrañas del globo. Y también cada vez más en las vueltas y revueltas, de por sí tan abruptas, es preciso ceñirse rápidamente a la montaña para librarse del tropel de los escuadrones de mulas ligeras que a gran velocidad se presentan de improviso, casi sobre nuestras cabezas.

Sin embargo —como me advirtieron mis compañeros de viaje avezados al tránsito por los caminos de este país— hasta el momento el verdadero aspecto grandioso, la apoteosis de la naturaleza andina no se ha manifestado. Esta región de los primeros contrafuertes parece haber sido montada aquí por un escenógrafo sin rival, sólo para preparar nuestra admiración y para servir de aperitivo a nuestra curiosidad. En efecto, he aquí que desde lo alto de un tramo más abierto, todo el paisaje que hemos dejado atrás reaparece a nuestra vista; él también, a la vez que nosotros, ha ido elevándose, ha ido saliendo de la penumbra de sus valles, del luminoso entumecimiento de sus crestas. Verdadera fantasmagoría sin límites apreciables que se desarrolla, que se completa por momentos en su majestad emocionante de extensión brumosa, de inmovilidad triste, fenómeno habitual de tales excesos de luz.

Y esta perspectiva de la que no se pueden apartar los ojos, que se renueva, que tan pronto aparece a la derecha como a la izquierda, según las revueltas del camino, en el que nos vemos a nosotros mismos caminando en sentido inverso en escalonamientos superpuestos, esta escena inolvidable que nos hace presenciar la lucha de los rayos de luz y de las brumas, en la que el relieve de la tierra termina por emerger con lentitud, que se

plasma en cúspides, en depresiones, en horizontes indefinidos o en nubes, esta visión capaz de cortar la respiración a un Humboldt, se prolonga durante dos horas para alcanzar su máxima expresión en la hostería del Consuelo, en la que está preparado el almuerzo. Pero las emociones más exquisitas son mudas. Es, pues, en silencio, por no encontrar palabras a la medida, como uno se abisma en la contemplación de los Andes, de los Andes que cierran el cielo con su altura triunfal, con su mar de cimas.

Y entre ellos y nosotros, a una profundidad incommensurable, ese algo minúsculo, el Magdalena, serpentea hacia el Tolima la infinita ondulación perezosa, el reflejo de acero torcido de su curso, perdido en una bruma de ensueño. Y eso sería todavía poco si todo el espacio intermedio, si esas treinta leguas, no estuviesen no ya sembradas sino llenas, salpicadas de un amontonamiento de cadenas de montañas, de valles, de eminencias que talvez serán estupendas pero que aparecen, vistas desde la altura en que nos encontramos, achicadas, comprimidas, dando la sensación de toperas aplastadas contra el suelo.

Esas profundidades extremadas en las que con trabajo el pensamiento puede seguir a la vista constituyen los macizos de la Cordillera Central, que, con su colorido azul marino oscuro, con su solemne basamento, diríanse enormes olas de tierra petrificadas y detenidas. Por encima de la techumbre de cúmulos, por si aquello fuera poco, gravitan regueros de nubes amarillentas sobre esas nubes, aumentando con su constante tedio el violáceo oscuro de las lejanías increíblemente fúnebre, a pesar de los raudales de luz que vierte el sol, y esto es lo que constituye, creo, la belleza particular, el sentido hondamente dramático de estas montañas. Si se exceptúan algunas columnas de humo que ascienden muy lentas, que en ocasiones se invierten, nada se estremece, nada se

mueve en la tranquilidad infinita de sus colores muertos, de sus matices apagados. Instintivamente el oído, después de la vista, se afina, desacostumbrado a estas grandiosas quietudes.

Por otra parte, toda esta ascensión camino de Bogotá parece tender hacia lo desconcertante. Apenas pasado el Consuelo otra perspectiva, más completa, si cabe, se despliega ante nosotros. Alcanzamos, en efecto, el punto culminante al que nuestra penosa ascensión en zig-zag, desde por la mañana, nos ha conducido. Pero nuestra subida se había realizado constantemente por la vertiente occidental, por el conjunto de contrafuertes que dan vista al curso del Magdalena. ¿Qué nos reservaría la cúspide? ¿Mesetas, sinuosidades indefinidas? Nada de eso. He aquí lo que descubro: ante los pasos de mi mula parece que va a faltar el suelo, que desaparece por un súbito hundimiento en un nuevo valle que corre, a pérdida de vista, de norte a sur, y que allá, en el horizonte, se levanta, formando una barrera de cortes vertiginosos, y un declive espantoso, un declive tenebroso sube del fondo del abismo hacia esta región de águilas. Así, pues, me encuentro exactamente en la divisoria de una cordillera mediana, bordeada por abismos paralelos; el uno, del que venimos, enmarca todo el Magdalena; el otro, al que nos dirigimos, no encierra más que una ciudad, una ciudad alegre, blanca y atrayente, y tan linda como su nombre: Guaduas: "Los Bambúes".

Pero, a pesar de todo, también se experimenta una sensación de cansancio al considerar que se está sólo en el primer escalón de los Andes, al pensar que únicamente se ha subido para volver a bajar, al comprobar que nos encontramos frente a un nuevo escalón más olímpico, más alejado que éste que acabamos de coronar y en el que tendremos que pernoctar a la intemperie. En nuestra jornada habremos franqueado dos de esos burletes

montañosos y nos quedará por salvar un tercero para llegar a Bogotá.

La marcha en fila se emprende de nuevo, pero ahora tropezando, cojeando entre las piedras y los derrumbes del repecho lleno de baches, con grandes resbalones de las infelices mulas que, sentadas sobre las ancas, hacen tocar el suelo a los estribos de los jinetes y van dejando grandes huellas dobles sobre las pobres alfombras de las sábanas, con arrugamiento de los follajes de las lindas ramas que se estremecen como los élitros de los saltamontes, con tropezones contra los bloques de rocas peladas que parecen tumbas olvidadas entre las gramíneas. Hacia el final del descenso todo se amalgama en una profusión de malezas, de arbustos poco espesos que revisten los coloridos de nuestros climas, de pequeñas ramas en las que los pájaros, cobijados al borde del sendero, gorjean a más y mejor, gorjean, gorjean...

La llanura en la que se desemboca está, por el contrario, cubierta de pastos, y parcialmente tapizada de flores altas. Y mientras, a poca distancia, ya se bosqueja la alegre acogida de Guaduas, los bambúes que le han dado su nombre se inclinan empenachados por encima de nuestras cabezas, multiplicando sus fustes lisos al pie de los que corren los arroyuelos, y las pequeñas charcas reflejan, invertidas, las siluetas de las lavanderas con las faldas hasta el agua. Las risueñas muchachas golpean la ropa salpicando a la vecina e impresionan el ver cómo un simple gesto da lugar, de uno a otro confín, a una tácita francmasonería de costumbres idénticas y perdurables.

Cuanto más se avanza, más el valle se reviste del color verde intenso de los cultivos. El vigor, la hermosa libertad tupida de los cafetales se expansiona tras las tapias sucias que bordean el camino en el que las ramas amarillentas de los cocoteros, deshilachadas como las largas plumas del pavo real, languidecen entre las señales dejadas

por la lluvia en el dintel de yeso negro en el que las hojas de los bananos, que se han aventurado a través del enrejado, simulan brazos trágicos extendidos como una amenaza o como una súplica a la caridad del transeunte.

Y mientras las herraduras de nuestro alegre pelotón resuenan en el empedrado de las calles del pueblo, al atravesar la plaza dormida en la que parece vivir hoy el reflejo de una historia melancólica, pienso en la cabeza ensangrentada que un día fuera expuesta en ella: la de Antonio Galán, cuyas armas osaron oponerse a la tiranía española; la del primer revolucionario y del primer patriota que tuviera Colombia. Y ya vuelve por sus fueros la lúgubre superposición de los pasajes de la historia sobre los de la naturaleza.

En esta única encrucijada de ambiciones cuya situación geográfica de puerta de los Andes y de guardiana de dos mares hizo de Nueva Granada, por desgracia suya, a la vez depósito donde se almacenaban los frutos de la rapiña y campo atrincherado de donde se lanzaron sobre América la mayor parte de los aventureros de la conquista; en esta tierra por la que pasaron, a su vez, con el casco en la cabeza y la tizona al cinto, guiados por su instinto de halcones, hacia diferentes presas, Quesada y Fredermann, Badillo y César, Almagro y Benalcázar, Robledo y Heredia, Balboa y Pizarro, varias veces tendré, sin duda, ocasión de escuchar esa muda elocuencia de la tierra, de recordar que no hay talvez una pulgada de nuestro planeta que no haya recibido algún día su bautismo de sangre...

Al perfilarse arriba, a la derecha, el campamento del Vergel, hace una noche de paz adorable.

Desde el fondo de la zona tórrida, de las **tierras calientes**, hemos alcanzado las altitudes templadas. Sobre una especie de brezo rosa, muy corto, que es el mismo de los Cévenes o de los Pirineos, corre la frescura penetrante, el verdadero hálito

de una noche de marzo. El sol de las cinco de la tarde, amarillo, parece indicarnos con sus rayos digitados la vertiente misma en que estamos echados; huye, sin embargo, ante las manchas de sombra violeta que, después de haberse arrastrado hasta la base del declive oriental que dejamos hace un momento, galopan ahora en su persecución. Nada hay que repose tanto después de una dura jornada como este espectáculo, ni nada hay tan extraordinario como esta claridad de occidente que acaricia el terciopelo de las gramíneas y las campanillas de los brezos.

A toda prisa se encienden las velas en la posada, oyéndose el ruido de la loza removida y las voces de la patrona que dominan la zarabanda de las cacerolas, se ve salir el humo por el tejado, se ven entrar balando las ovejas en la sombra gris del establo y se oye chirriar su cierre de madera, y a la vez, de todas partes, de los escondrijos de las sombras, salen ruidos impresionantes, inacabados, propios de este silencio sin igual, el augusto sueño de la montaña.

Algunos minutos más y la noche andina habrá alcanzado su paroxismo de hostil negrura que a todos envuelve, que celosamente los inmoviliza en el radio de los objetos familiares. Rápidamente el abismo crepuscular que dominamos se ha henchido de vapor dando la impresión de un lago, pero de un lago trágico, de Averno, a la que añade una ilusión de acantilados la terrible barrera de tinieblas del Consuelo, que se alza en el horizonte a una altura inconmensurable, que lo cierra todo, que lo oprime todo con su amenaza, que en otros momentos parece losa levantada del inmenso sepulcro que se entreabre a nuestros pies, y a todo esto se agrega la concentración de las estrellas estremecidas, que penetra por todas partes el azul oscuro del cielo, festonea su nitidez cortante y fría sobre lo que no es ahora ya más que un reflejo de ultrasueño. Parece que descienda de lo incon-

mensurable, que se multiplica ante nosotros en la vibración fugaz de las luciérnagas, de esas curiosas **candilejas** dotadas de la facultad de encenderse y de apagarse súbitamente, de alumbrar y de desaparecer, verdaderos policías de la sombra que proyectan inopinadamente delante de ellos la luz de su linterna sorda.

Luégo, en el momento en que esos fuegos fatuos fijos o errantes por la atmósfera parecen fulgurar en competencia, he aquí que uno a uno otros fuegos, en la tierra éstos, rompen la oscuridad escalonados en las montañas, resucitando minúsculos cantones, retenes perdidos que revelan la vigilia de un pensamiento humano. Se les ve poco a poco extenderse, reunirse y apagarse, formar hileras caprichosas, proyectar angostos haces de luz sobre lomas intensamente foscas. ¡Sería hermoso, en verdad, si fuesen señales de una sublevación que se propagase ardiendo de uno a otro lado sobre la cima de los Andes! Mucho, mucho tiempo después de terminada nuestra frugal comida, bajo la humedad que lloran las estrellas, esos braseros encendidos como faros que anuncian a Bogotá, continúan rojeando ensangrentados en el espesor de las tinieblas.

El brillo alegre de la aurora acaricia el terraplén de la posada y nos sorprende ya con nuestros arreos puestos, en medio de la pintoresca animación de los peones que nos ponen las polainas, de las mulas que se ensillan, de los equipajes que se cargan con grandes esfuerzos sobre las albardas resignadas. Esto nos da tiempo para echar una ojeada al fondo del abismo en el que la profundidad violácea de Guaduas surge, acribillada de rayos, de su sepultura humeante. Una trágica resurrección lenta, a través de vapores fantasmas, todas las excitaciones de la vida suben hacia nosotros con una especie de fascinación. ¿Por qué? Las cumbres que ayer se mostraban tan altivas, el gran muro de duda que se levantaba en el oro

helado del crepúsculo, detrás del que la gloria del sol se había eclipsado, reaparece ahora disminuído bajo la luz precisa; una parte del encantamiento, del misterio nocturno, se ha desvanecido. Así sucede con todas las ilusiones.

Y, sin embargo, a la luz del día que les da oblicuamente, esos relieves, que hasta hace un momento estaban ocultos, surgen, se reconstituyen, mientras que las inconmensurables ramificaciones que de ellos descienden se prolongan en la llanura como las gruesas raíces de un árbol y desaparecen en la tierra. Esas masas de las que la vista percibe por fin las verdaderas dimensiones, ganan en potencia, en detalle, lo que habían perdido del atractivo crepuscular. Una alegría serena las baña con los barrancos de sombra recortada sobre el color rosa que domina en el conjunto. Un no sé qué de vida se estremece sobre los cultivos. La naturaleza entera, una orquesta invisible, susurra la Pastoral de Haydn que “celebra la alegría del labrador al contemplar sus ricas cosechas”.

Ante este derroche de gracia no se queja uno de tanto tener que trepar todavía para alcanzar el mirador supremo de esta cadena de montañas. Desde él, naturalmente, es otra zona más de ensueño fascinante la que se descubre, por encima de la barrera del Consuelo —que ya ha perdido su prestigio—: lo que se ve es nuestro primer horizonte de ayer, pero ensanchado, increíble, es el Magdalena, es el valle de Neiva, es toda una quimera dorada de brumas. ¿A qué repetir todo esto que al escribirlo parece tan apagado, tan sin valor?

Por detrás de su mula detenida, un arriero señala con el brazo extendido algo en el sol, por encima del fondo maravilloso de este valle; necesito un momento de atención para distinguir lo que se me quiere mostrar, dos diminutas cosas blancas suspendidas en el cielo, altas, muy altas, tan altas que parecen no tener relación alguna con la

tierra. Son nada menos que los dos gigantes de los Andes centrales, uno es el Páramo del Ruiz, espléndido y brillante como su nombre, ancho y tendido, y parece tener una mano de nieve puesta sobre su cima; el otro, más lejano, más fino, más pequeño, más triangular, allá en las lejanías del sur, es la muela aguda y empolvada del Tolima.

Es la coronación que el cuadro necesitaba. Cuando el hijo del carpintero se dejó tentar en el desierto y el tentador, raptándolo *in mente*, le hizo ver desde la cima de una montaña la extensión incalculable de los pueblos, de las ciudades, de los reinos, debió aquello ser algo parecido a esto. En verdad que cuesta trabajo arrancarse de la contemplación de la blancura sonriente de estos dos colosos rivales. ¡Y pensar que bajo su manto de hielo perpetuo eleva cada uno de ellos su silencio a cinco mil metros!

—Guarde usted un poco de su admiración para el Alto del Trigo —me dijo riendo mi peón.

Pues bien, ya estamos en él, pero a pesar de todo, a primera vista no ofrece nada de particular; una plataforma ante un abismo presentido. Hay cortinas de árboles que estorban la vista; se adivina un no sé qué de velado, de vedijoso escalonado más allá. Luégo, de repente, se hace un claro en el alto ramaje de los cedros y la vista vertiginosa del horizonte. . . Y entonces sí, esta vez es un grito de admiración, incontenible, espontáneo: un grito que expresa la admiración o el estupor, talvez ambas cosas, suple a la falta de palabras para describir el espectáculo inaudito que se despliega ante mí.

Ahí está escrito por una mano divina el poema de los Andes. Un circo, como siempre, una tercera frontera de crestas, pero tan prodigiosamente escarpada bajo la luz de la mañana, tan increíblemente sobrelevada está, que no parece posible, a menos de un milagro razonable, poder alcanzarla. Por encima de las nubes que se extienden desde su

base hasta nosotros alzan un muro perpendicular de color azul agrisado, un muro llano, almenado él a su vez por brechas blancas asentadas sobre una segunda fila de cirros plateados.

Pero de pronto, en este mar de vapor que lame el acantilado donde nos encontramos, se abren claros azules, hiatos de sombra, vacíos espantosos, todo un sistema complicado y como siempre ultra azul, de elevaciones y de depresiones, que por debajo de las nieblas va a conectarse con el sistema fantástico que emerge a lo lejos. Poco a poco la luz va surgiendo del fondo de los valles, cortada sólo por las cimas de esas montañas secundarias; parece una cuba formidable en la que las burbujas atravesaran los vapores amontonados y flotantes. Con esas filas de agujas, con su aspecto de marejada que avanza hacia el horizonte, hacia la ola monstruosa y última cuya amenaza domina, la ilusión, por un instante, es sobrecogedora. ¡Todas esas olas en movimiento!... Luégo las medias tintas, las coloraciones indecisas e innumerables del arco iris, ponen su juego de luces en esas sedas quiméricas de la bruma. Las marejadas sólidas que aquéllas acarician sólo muy lentamente vuelven a su inmovilidad petrificada, mientras que a nuestros mismos pies, sobre la cara del vacío, sobre el vértigo de los valles, los zopilotes con su eterna asiduidad enlazan y desenlazan los círculos que describen.

¡Esta es la tierra de promisión!, exclamaban los españoles de Hernán Cortés al avizorar a México después de tantos días de sufrimiento. Ante este panorama se experimenta algo de esa misma emoción. ¡Oh tierra prodigiosa de América!

Después hay que descender por los caminos más agrestes que darse puedan hasta Villeta.

Unos precipicios se abren sobre otros precipicios. A un momento dado en el que, sin cuidarme de mi cabalgadura, tenía los ojos fijos en esa grandiosidad cuya contemplación nunca cansa, una

huída de mi mula estuvo a punto de enviarme al fondo de un barranco bastante profundo. Era una mula muerta que obstruía el camino con su bandullo por el suelo. Espectáculo frecuente en la región, y son siempre los pasos más peligrosos, las gargantas más tortuosas, las que algún diablo taimado escoge para decretar la muerte de esos infelices animales. No se entera uno más que cuando se está encima por la presencia de los buitres que, posados en círculo sobre el cadáver, sacan con dignidad, de su costado, cada uno a su vez, todas las inmundicias.

Nada más silencioso, nada más agorero que el festín de esos pájaros fúnebres. Si uno se acerca remontan el vuelo, pero sin apresurarse, impeliendo ruidosamente el aire con sus grandes alas, y en cuanto el importuno pasa, esos sepultureros montañeses, todos juntos, a la vez, se dejan caer de nuevo sobre los restos pestilentes.

Nuestra bajada, interrumpida un momento para arrojar al abismo la horrible carroña, prosiguió entre la fronda barnizada de los cafetales y los campos de lanzas de los altos bananeros, alegrando la vista los tonos diversos de los variados cultivos, que, incrustados en las vertientes, pasan del verde esmeralda al jade oscuro, al gris rosáceo. Sobre los declives abruptos se presentaban de vez en cuando espacios de sombras violáceas, mientras en el fondo la hierba de los **potreros** estaba todavía cubierta por la bruma de la mañana; terminaba el descenso en una larga avenida que, bordeada de arbustos poco frondosos y cubierta por el polvo de las pizarras, conducía al pueblecillo de Villeta que, de ordinario tranquilo, presentaba hoy, por ser día de mercado, la animación pintoresca que da el ir y venir de gentes ocupadas en sus menesteres.

Este aspecto varía un poco la monotonía de los pueblos colombianos, todos iguales, con la misma **calle real** o **camino real** empedrado con cantos ro-

dados, duros y resbaladizos, entre dos hileras de casas idénticas, bajas, blancas, con rejas salientes o con ligeros adornos de madera pintada de verde o de encarnado, cuando no de azul. De momento es principalmente en la gran plaza, al otro extremo de Villeta, donde se concentra esa aglomeración confusa de sombreros en punta y de ruanas pardas que dejan ver sobre el hombro del caballero un pliegue del reverso, color rojo. En el centro se alza un árbol centenario, entre cuyas ramas resuenan las disputas de los pajarillos.

La caída de la tarde nos sorprende, como a los provincianos, sentados a horcajadas en las sillas, al borde de la calle, delante de las ventanas de la posada, contemplando cómo fenece el día. Una melodía *sui generis* desciende sobre las blancas paredes, sobre la pequeña encrucijada empedrada por la que, de vez en cuando, desemboca cuidadoso algún jinete que entra a caballo en una tienda y sale al galope. Sobre las palmas de un cocotero que domina la casa de en frente, se ven, inmóviles, tres urubus. Finalmente, por detrás del cocotero, dominando los urubus, los tejados, las paredes enjalbegadas de las casas chaparretas, se alzan, escalonados, bañados por luminosidades que están a punto de extinguirse, los contrafuertes avanzados de las cadenas de montañas circunvecinas. ¡Qué tranquilidad, qué inacción más absoluta y triste! Sumido en una meditación instintiva dirijo mi vista, sin querer, hacia esas ramificaciones de los Andes. Ahora toman el color del brezo rosa con grandes manchas de amatista violeta; no hay nada más suave que su misteriosa tonalidad, que completan los ecos lejanísimos de ruidos indefinibles y expirantes. Un pavo real endereza el regio airón y arrastra sobre el empedrado su larga cola como un manto de corte. Luégo el prisma de tonos deliciosos cambia y se descompone. La hechicería de la puesta del sol matiza la tierra con tintes de un mundo de maravilla.

En los libros hechiceros de mi infancia o en tiempos ya más recientes, en las antiguas historias de viajes, como las narraciones de Maudeville, se describían países lejanos, colinas azules y ríos violeta, regiones de jade, montañas de esmeraldas en las que pájaros azulados se posaban en árboles de diamantes.

Y contemplando esta noche la fantástica despedida del día por detrás de las cimas, recuerdo aquellas ingenuas descripciones a las que la antigüedad añadía su magia. ¿Está lejos de aquí el país en el que el cielo está tallado en un ópalo, donde los ríos de leche arrastran monstruos de topacio, donde el pájaro fabuloso que canta cada cien años mueve su cola de zafiro posado sobre ramas de cristal?

Al día siguiente era todavía de noche, cuando emprendimos la última etapa. Acababan de dar las tres y media; un cielo sin luna, en el que nuestras pestañas todavía soñolientas prolongaban los hilos dorados de las estrellas, apenas permitía adivinar los Andes ocultos por temibles sombras. A nuestra izquierda un fuego encendido en una de las cimas proyectaba claridades de volcán. Pero fue precisa la luz pálida y escalofriada del amanecer para acelerar el paso de nuestras mulas que andaban por milagro en plenas tinieblas, y también para revelarnos la profundidad de las quebradas que bordeábamos y en las que, desde hacía un rato, oíamos musitar las cascadas. De repente, la cuesta se hizo más pronunciada y las mulas volvieron a tomar el paso más lento y afianzado que exigen las subidas fuertes.

La diafanidad del alba en las montañas pronto se altera a medida que se alejan los valles y en las cúspides de las cimas la zarpa de oro del sol tarda más en aparecer. El ambiente fresco hasta ahora desconocido empieza con la altitud, proyecta matices, que parecen como desorientados, sobre el caos azulado que se ofrece a nuestra izquierda,

sobre esa depresión llena de lomos formidables que se siguen, alzados todos en la misma dirección, que ofrecen el aspecto de una manada de mastodontes legendarios que subiesen con la cabeza baja, los unos detrás de los otros, al asalto. Después, se ven, tristes y grisáceos, bajo el cielo húmedo, pequeños establos, ranchos a caballo entre el camino y el precipicio que se despiertan perezosamente con el canto de los gallos. Finalmente, a medida que el horizonte se ensancha y se eleva, los flancos mastodónticos se multiplican, se presentan por todas partes a diferentes alturas en los intervalos que éstas dejan entre sí. Se ve subiendo de escalón en escalón trozos del camino que ya hemos recorrido, serpenteando por sus declives. Y estas partes del gran zig-zag por el que avanzamos con fatiga, se van haciendo cada vez más blanquecinas y empinadas.

Hacia los dos mil metros de altura las depresiones se llenan de grandes nubes y la vegetación empieza a escasear. ¡Qué pobre y corta es la hierba que crece contra el reborde del camino del que el mantillo ha desaparecido casi por completo a impulsos del viento, de su bramido desesperado! Al mismo tiempo las capas compactas de esquistos amenazan el camino con sus yacimientos oblicuos. Unas veces se presentan bajo la forma de bloques superpuestos, como un muro, otras desparraman por la estrecha cornisa, sobre la que andamos, la lluvia de sus detritus que ofrecen todos los grados del laminado más fino, y entre las pizarras se ramifican las vetas de cuarzo cortadas por la trinchera del camino.

¡Sensación curiosa! A medida que esta soledad se hace más sombría, a medida que en las cimas la naturaleza se hace más avara y más áspera, experimento un placer secreto al encontrar por primera vez en estas altitudes la atmósfera de nuestro país. ¡Son tan propios del paisaje francés estos pequeños taludes de hierba que se apoyan en

las grandes rocas sombrías, esos acusados declives que bordean una franja de brezos, esos árboles de ramaje seco que resaltan sobre el horizonte gris! Un diminuto manantial, entre un amontonamiento de piedras, en el que las cigarras lanzan su canto metálico, brilla como un ojo de agua. Todavía durante algún tiempo bordeamos barrancos que se precipitan perpendicularmente poblados por las negras copas de los pinos, que atraen como si fueran una chimenea la rápida ascensión de los grandes cúmulos blancos que parecen henchidos por el eco sordo de la caída de los guijos en el infinito. Ya quedaron lejos, muy lejos, por debajo, los últimos vestigios de la zona tórrida y de la zona argelina. A su vez, los bosquecillos de árboles septentrionales van escaseando para dar paso a grandes extensiones de hierba rala, abollonadas por bloques de areniscas que parecen en la neblina blanca rebaños acurrucados. Unas soledades mojadas suceden a otras soledades, también mojadas, y un trueno lejano y continuo retumba en estas montañas.

Y de esta suerte se llega a un lugar extrañamente alpestre: verdadero prototipo de un rincón de Suiza. Árboles aislados, raros y pocos, cercas de piedras sueltas, vallados de madera que encierran vacas que pacen escalonadas con una campanilla al cuello, que tintinea en la bruma con el ademán del eterno viento de las alturas, que también brama allí. Sí, esto produce la ilusión de aquello; me recuerda sobremanera el Oberland bernés y las alegres sendas que escalaban las cabras en el macizo de Arhorn, en tiempos de grato recuerdo; y el nombre de este paisaje, además, también lo recuerda: se llama **Los Alpes**.

Es ahora cuando hay que hacer verdaderos esfuerzos de imaginación para persuadirse de que se está en el ecuador, a pesar de que en algunas horas abrigadas reverbere el sol y la naturaleza desposeída trate de reaccionar. Al ver los últimos

cafetales perdidos en este ambiente más propicio para las ciperáceas y las coníferas y al escuchar las cigarras que, equivocadas de clima, lanzan tiritando su chirrido cristalino a intervalos más espaciados, se experimenta una sensación de lástima.

La aldea de Agualarga está emplazada a una altitud desolada. Allí empieza, en las proximidades de una altiplanicie, la carretera que va a Facatativá, y ya nos cruzamos con los carros del país, bajos, con ruedas macizas, tirados por bueyes, carros que parecen copia de los que a través de la historia de Francia paseaban por las callejas de París a los reyes haraganes. Pasan lentamente al pie de los acantilados que dominan el camino, constituídos por capas superpuestas alternadas de tierra y de piedra. Luégo, al coronar una cuesta arenosa que forma espolón, se nos aparece otro sitio que fue campo reñido de batalla, cuyo centro ocupa un diminuto cementerio. ¡Qué aspecto de olvido, qué aspecto de abandono ofrecen esas ocho o diez tumbas, cómo oprime el corazón su silencio, su soledad! ¡Una rústica cruz sobresale del túmulo casi enrasado con el suelo! Apenas perduran algunas florecillas de los campos antaño sembrados en la cabecera de las tumbas y mustias desde entonces, ¡símbolo de los humildes destinos que allí se desvanecieron! ¿Los que allí cayeron en defensa de la tiranía o de la libertad se imaginaron, acaso, que un poco de gratitud recompensaría la ofrenda que hicieron de sus vidas?

Y he aquí que después de un último repecho del camino el horizonte se allana; un espacio casi sin límites se presenta a la vista —a lo que uno ya no está acostumbrado— y una llanura que se pierde en el ensueño, una planicie, rasa como un desierto, se extiende hacia la silueta terriblemente alejada de nuevas montañas. En los primeros momentos, y debido a la sorpresa que causa esta aparición, no se distingue más que una inmensidad de hierba, de pastos, de cultivos, que atraviesa

un surco grisáceo, que es el camino de repente ensanchado, y en la que el viento sopla a través de los eucaliptus tan lúgubrementemente como a través de las tuyas de una necrópolis. Pero se necesita poco tiempo para darse cuenta del valor que debe tener por su situación y por su fertilidad el antiguo fondo del lago terciario en que nos encontramos, esa Sabana de Bogotá de la que tanto nos habían hablado.

Impresiona, en efecto, encontrar a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, una extensión, una tabla tan perfectamente lisa, sin grietas ni desgarrones, una Beauce suspendida en lo alto, tan generosa, tan pródiga en cereales ésta como aquélla. Si no fuera por el tono brumoso de los Andes, el panorama sería idéntico, éste que corta también oblicuamente el mismo rayo de sol, sonriente y dorado, propaga a lo lejos idéntico estrechamiento continuado de las espigas que la brisa aterciopela. Esta ilusión me envuelve totalmente hasta el punto de traerme recuerdos de mi oscura vida militar de hace ocho años, vivida en aquellas llanuras de la provincia francesa, de la que tantas millas me separan. ¡Qué lejos están los días en que la divisábamos desde Auneau hasta Voves, amplia y desierta bajo la nieve, salpicada de cuervos, mar de espigas que murmura bajo la larga ondulación del viento en el verano. El jinete del regimiento de cazadores de Vendome no pensaba entonces, al recorrerla melancólicamente entre el humo del ferrocarril o inclinado sobre la silla, en América, ¡en el mundo virgen!...

Pero el interés que esta mañana me inspiran estos hermosos parajes tiene razones más elevadas, más impersonales. Es otra página de la historia la que se vuelve al llegar a estas altas tierras de Cundinamarca, cuna y teatro del poderío muisca. El horizonte que tengo a la vista estuvo lleno del ruido de su gloria, de sus luchas y de su decaden-

cia. De aquí fue de donde el imperio chibcha remontó su vuelo, en ocasiones sangriento, pero lo bastante raudo para elevarse en el siglo XV al tercer lugar en importancia del Nuevo Mundo. Su historia, forzosamente muy tenebrosa por falta absoluta de documentos escritos, se esclarece un tanto con la conquista; pero entonces los episodios se precipitan, se suceden casi tan variados, casi tan curiosos como los de la guerra del Perú. Parecen una crónica de Villehardouin.

En un libro notable de R. S. Pereira, "Los Estados Unidos de Colombia", encuentro la etimología de ese nombre grande y sonoro de Cundinamarca, tan expresivo en su acepción india. Significa: "Alta región donde el cóndor se encuentra" (de **cundor**, cóndor; **ina**, altura; **mara**, estar encima; **cá**, esta). Los españoles le dieron forma amalgamando en una sola palabra las cuatro que constantemente repetían los indígenas cuando querían designar a los conquistadores la meseta de Bogotá.

Antes de 1470, prosigue el historiador, es decir, con anterioridad al reino del emperador Saganmachica, la historia de los chibchas permaneció en las tinieblas que rodean la cuna de todos los pueblos precolombinos. Sus tradiciones cosmogónicas ofrecen gran similitud con las de los antiguos peruanos; así, decían ser oriundos de una laguna, vaga reminiscencia evidentemente de las épocas geológicas durante las que la Sabana estaba cubierta por las aguas; tenían en gran veneración a las ranas y demás batracios, símbolo para ellos de su origen y nacionalidad. En cuanto a su número, si Acosta los estima durante la segunda mitad del siglo XV en 1.200.000 otros, por el contrario, dan cifras más elevadas. El soberano se llamaba el **Zipa**, y la sucesión a la corona, aunque se regía por la ley de la primogenitura, no correspondía a los hijos del difunto emperador sino, según costumbre muy frecuente en los pueblos primitivos de América y de Africa, a sus sobrinos (los

hijos de su hermana), o a falta de éstos a los hermanos del difunto. Pensaban, sin duda, que el parentesco materno ofrece un grado de certidumbre superior a la presunción, siempre impugnable, del paterno.

El imperio chibcha ejercía, lo mismo que el azteca, ciertos derechos de soberanía sobre vasallos en constante sublevación. Muerto Saguanmachica en guerra victoriosa contra los Sutagaos y su cacique Ubaque, o "Sangre de madera", el trono recayó en Nemequene (hueso de león). Este guerrero llevó más lejos sus armas victoriosas y venciendo sucesivamente a los otros caciques Ubaté (sangre vertida), Susa (paja blanca) y Simijaca (pico de buho) llegó, por fin, hasta Saboyá, en el actual departamento de Boyacá, donde, al decir de algunos arqueólogos, habría hecho erigir, como monumento conmemorativo, la curiosa pirámide india que aun se admira y cuyos jeroglíficos han estimulado, sin satisfacerla, la curiosidad de los arqueólogos. Pero desgraciadamente para él, Nemequene extendió su yugo sobre otros vasallos menos dúctiles que esos reyezuelos de nombres tan broncos como significativos. Lo mantenía con dificultad, especialmente sobre la valiente tribu de los hunzas, la más numerosa después de la de los muiscas, y cuyo gran cacique o **Zaque** era más bien rival que feudatario del **Zipa**. Una coalición de jefes secundarios dirigida por un Zaque rebelde deshizo el ejército del Zipa en Chocontá, donde murió Nemequene, y obligó a su sucesor, Tisquesuza, el último de los emperadores, a firmar una paz por veinte lunas.

Estas estaban a punto de cumplirse y el fogoso vencido se apercibía al desquite, cuando un suceso inesperado, pasmoso, hizo olvidar de momento todas las querellas intestinas y sumió a unos y a otros en preocupaciones mucho más serias.

Hacia fines de julio de 1538, las tribus de la Sabana vieron desembocar por tres puntos dife-

rentes del horizonte tres grupos semejantes de hombres barbados, con las caras bronceadas, que bajo las hojas de acero que les recubrían presentaban un aspecto tan temible como inusitado. Estas tres bandas, que no parecían actuar de concierto ni estar satisfechas con su encuentro, no se reunieron, sino que, observando una actitud hostil las unas hacia las otras, establecieron tres campamentos, vértices imaginarios de un enorme triángulo, y luego, después de un descanso, simultáneamente cada una de ellas adoptó contra las otras dos sus disposiciones para el combate.

He aquí lo que había sucedido.

Desde hacía tiempo las zonas costeras del Atlántico y del Pacífico, en una profundidad en ocasiones considerable, habían sido reconocidas y sometidas por los Adelantados del rey de España. En varios puntos se habían establecido factorías, en algunos se habían fundado ciudades como Panamá, Santa Marta, Cartagena. En ese año, precisamente, Pizarro terminaba la sumisión del Perú con el asesinato de su antiguo compañero de armas, Almagro. La Castilla de Oro y la Nueva Andalucía quedaban abiertas gracias a Ojeda y a Nicuesa; el Cauca, gracias a Francisco César. El intrépido Diego de Ordaz había remontado el Meta hasta las marcas orinóquicas de Cundinamarca; así ésta, poco a poco, se vio cercada, rodeada por una red estrecha de exploraciones, de campañas, de aproches sucesivos, sin que ninguna tentativa directa se hubiese llevado a cabo contra el nido de cóndores, contra la propia ciudadela.

Ahora bien, por una circunstancia poco frecuente en la historia, el deseo de apoderarse de aquella comarca surgió a la vez en la mente de tres hombres que estaban separados los unos de los otros por centenares de leguas y que, desde luego, no tenían posibilidad de comunicarse sus intenciones, como lo confirma, por otra parte, lo sucedido.

El primero de esos atrevidos es Gonzalo Jimé-

nez de Quesada, licenciado en Derecho, natural de Granada, donde, no teniendo porvenir, pensó en probar fortuna en América.

Se encontraba en Santa Marta en el momento en que todo el mundo soñaba con los tesoros legendarios encerrados en la lejana ciudad chibcha de Muequetá, a tal extremo que el propio gobernador Luis de Lugo organizaba una expedición para apoderarse de ella. Las rivalidades e intrigas que la designación del mando suscitaron entre la gente de pro habían, hasta entonces, impedido la designación del jefe. Quesada, audaz, decidió presentar su candidatura. Y en efecto, fue a él a quien Lugo, para poner a todos los demás de acuerdo, confió el mando del pequeño ejército; y no se equivocó al contar con la energía de aquel muchacho. El 6 de agosto de 1536, Jiménez, con su lugarteniente Juan del Junco, diez capitanes, entre los que figuraban Juan de Céspedes, Valenzuela y Gonzalo Suárez Rendón, viejo veterano de Pavía, 810 hombres y 85 caballos, salía de Santa Marta. Jiménez de Quesada, al frente del grueso de su gente, debía penetrar en el país hacia el sur, en tanto que un destacamento más reducido, embarcándose en una flotilla, remontaría un río, explorado hacía poco por el portugués Melo, al que se dio el nombre de Río Grande de la Magdalena.

Hacia la misma época un alemán, Nicolás de Fredermann, lugarteniente de Jorge Spira, gobernador de Venezuela, fue también enviado por éste a la conquista del fabuloso El Dorado, y creía dirigirse hacia él al penetrar en las magníficas llanuras del Casanare, al pie de la cordillera central. Después de mil rodeos, de muchas idas y venidas, terminó por descubrir un camino inverosímil que conducía y que le condujo a las alturas orientales de Cundinamarca.

El tercero, un teniente de Pizarro, Sebastián de Benalcázar, que había tomado parte en la conquista del Perú y no contento con haber fundado al-

gunas ciudades en el reino de Quito, resolvió, él también, ir a la conquista de Muequetá, cuya fama alucinadora había llegado hasta la frontera del actual Ecuador. Allá, pues, se encaminó seguido de los suyos.

Una casualidad única hizo que esos tres hombres, desembocando por el norte, por el oeste y por el este, se encontraran, a la vez, cara a cara, en la Sabana. Pasado el primer momento de estupor, los jefes comprendieron que, por lo menos, sobraban dos, y cada uno de ellos se aprestó a demostrar a los otros dos que él solo combatía por el rey. Sus gentes estaban más que cansadas, rendidas de fatiga. La tropa de Quesada, la que más había sufrido, no contaba más que con 160 hombres casi desfallecidos, de los 810 que, meses antes, habían emprendido la expedición, llenos de entusiasmo, y esta circunstancia fue la que les salvó de una nueva y fratricida hecatombe. En el momento de llegar a las manos, ¿es que no se dan cuenta de que las tres fuerzas constan exactamente del mismo número de hombres? Semejante coincidencia parece demasiado extraordinaria para no revelar una intervención divina, y en el acto los frailes que acompañan a esos hermanos enemigos, se precipitan entre ellos con la cruz en la mano. Se suspende la acción, que no había empezado, se abrazan y se ponen de acuerdo para ceder al más heroico de todos, a Jiménez de Quesada, mediante el pago de una cantidad bastante crecida, todos los derechos a la ocupación del país.

El feliz elegido, que al pasar había saqueado la ciudad santa de los hunzas, robado sus tesoros y capturado a su rey, satisfizo en el acto la cantidad fijada y mientras Benalcázar y Fredermann, ahora amigos, regresan a España, Quesada da comienzo, sobre la sangre de los muiscas, a la fundación del Nuevo Reino de Granada, nombre éste que, no obstante su impropiedad, prevaleció y se perpetuó durante tres siglos. Esto no impidió, an-

tes de doce años, en 1550, la petición del gobierno local de instalar en Bogotá, para satisfacer los apremiantes requerimientos de los colonos, en sustitución del antiguo Adelantamiento, una Real Audiencia semejante a la de Caracas, institución que, catorce años después, ante la reprobación general motivada por las exacciones de los oidores, fue reemplazada por una presidencia. Los oidores, a fuerza de intrigas, volvieron a ocupar el poder hasta 1578, fecha en que fue nombrado presidente Díez Aux de Armendáriz, destituido, a su vez, en 1580, por el siniestro visitador Juan Bautista Monzón. Este fue suspendido por el procurador del rey, Orozco, encarcelado también él, por el juez Prieto de Orellana, que salió para la metrópoli en 1585 llevando consigo, esposados, a varios oidores de Santafé. Epoca estupenda ésta, como se ve, en la que el acusado tenía, por lo menos, alguna propabilidad de ser juez, a su vez. Vino luego la época de los gobernadores de capa y espada, uno de ellos, el más cruel, Francisco de Sande, mereció el mote de doctor Sangre, principalmente con motivo de la lucha contra los pijaos, una de las pocas tribus de Nueva Granada que haya infligido serios reveses a los conquistadores.

El ciclo colonial se termina con el virreinato, de 1740 a 1810. Esta institución, después de haber contado con algunos hombres notables y de haber reprimido en la forma sabida la famosa insurrección de los comuneros, obra de Berbeo y de Antonio Galán, se derrumba a los embates de la revolución. Y, por una ironía del destino, debían ser las manos débiles de un descendiente de Luis XIV, de don Antonio Amar y Borbón, último virrey de Nueva Granada, prototipo resumen de un fin de raza, las que dejaran escapar para siempre las riendas del poder monárquico.

Estas han estado desde entonces en manos de una serie de presidentes, pero Colombia, sin embargo, no ha encontrado hasta el presente quién

las asuma con energía bastante para guiarla hacia la estabilidad y el progreso.

Como si se diera cuenta de estas reflexiones de su jinete, el potro que en Agualarga cambié por mi mula, se lanzó, ávido de galopar, por la hermosa carretera llana para no detenerse hasta llegar al empedrado sonoro de las calles de Facatativá.

Tampoco aquí hay que perder un minuto en la batahola de seres humanos y de caballerías, si se quiere encontrar sitio en el tren de Bogotá, que espera formado en la estación y que maravilla encontrarlo a tales altitudes.

Arranca el tren y, aunque las sacudidas son fuertes, se experimenta con gusto su sensación, ya olvidada. Durante dos horas largas el traqueteo, la oscilación de un lado para otro, acuna al viajero y adormece el desfile, contemplado a través de las ventanillas, de esas extensiones llanas, de esos campos que suceden a otros campos, sin que se pueda percibir el fin en la lejanía. La llanura parece ensancharse más todavía y los Andes, que no se alzan ahora más que a una distancia desconcertante, se adornan con un manto de plata de admirables y deslumbrantes reflejos grises traspasados de oro.

Pero estaba escrito que la Sabana se me presentaría en este primer contacto bajo sus dos o tres aspectos diferentes: con sol, con viento y lloviendo. Cinco minutos bastaron para que ese cielo tan claro se oscureciese y para que una ráfaga violenta extendiese su manto negro violáceo sobre nosotros. El tiempo preciso para subir los cristales, y el aguacero precipitó sobre el techo de zinc su crepitación sonora, cubriendo a lo lejos la vista de la llanura con un velo blanquecino, opaco, errante, con juegos de luz impresos de una triste grandiosidad.

Bajo una trama de agua que une la tierra con el cielo se ven bueyes diseminados, caballos apelonados bajo la borrasca, los unos contra los

otros, con las crines y las colas chorreando agua, siluetas humanas encapuchadas y en cuclillas sobre el suelo brillante y empapado. Todos esos chorros oblicuos que cortan la neblina y el horizonte anegado en lágrimas, todos esos millones y millones de gotas que levantan de la tierra un vapor de agua flotante, dan, de repente, y talvez para mí solo, una fisonomía impresionante, extraña y apropiada a una estación donde el tren se ha detenido.

En apariencia es un lugar sin importancia, Funza, nombre que no hubiera sugerido reflexión de ningún género a un turista poco enterado de la historia de este país.

Y, sin embargo, ahí hubo una capital, esa misma Muequetá objetivo de tantas ambiciones, la misma que Quesada conquistó, perdió, volvió a tomar y acabó por destruir. Ahí en la confluencia de los ríos Funza y Serrezuela se levantaban sus veinte mil cabañas que por su forma redonda tomó el conquistador por una llanura cuajada de torres, de donde viene el nombre que le dio de "Valle de los Alcázares". Ahí también latía el corazón de esa antigua civilización cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos; para algunos tendría conexiones con la problemática Atlántida, para otros —Humboldt parece inclinarse a esta hipótesis— ascendería hasta los limbos de la historia asiática. G. Ponce observa, en efecto, que las cuatro grandes fiestas de los peruanos coinciden con las de los chinos, y que los antiguos glifos de éstos presentan analogías indiscutibles con los de los aztecas y los de los incas. El calendario mexicano, lo mismo que el de los tártaros, da a los meses nombres de animales. El propio Humboldt señala curiosos paralelismos entre el gobierno de los muiscas y el de los japoneses. Finalmente, no se puede examinar a un indio de pura raza sin que sorprenda la similitud de sus rasgos —pómulos y frente salientes, ojos negros y estrechos, cabello

largo y lacio, cuerpo esbelto y fuerte— con las mismas particularidades físicas de un individuo de raza amarilla.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que la cultura intelectual que imperaba en la Sabana a la llegada de los españoles era casi tan adelantada como la de México o la del Perú. Los muiscas adoraban en Chiminigagua o el Sol al gran constructor del universo. Se vestían con telas de algodón, practicaban la agricultura, estaban distribuídos en comunidades y hablaban una lengua cuyos elementos, recogidos por el dominico Bernardo de Lugo, nos permiten apreciar la precisión y la riqueza de su léxico. Conservaban, dice Ponce, la tradición de un hombre fabuloso que no pertenecía a su raza, pues que tenía barba negra y espesa. Ese semidiós había enseñado a los hombres a vestirse, a construir cabañas, a labrar la tierra y a vivir en sociedad. En suma, era un pueblo digno de consideración, que todavía hoy nos sorprende por las sabias disposiciones de sus leyes, por los vestigios de su industria activa e ingeniosa, que profesaba el mismo respeto que los griegos al culto del hogar, que creía en las penas eternas y en la inmortalidad del alma, que conocía el sistema vigesimal, que tenía su escritura, su calendario, sus medidas, sus monedas de oro, que castigaba con pena de muerte el homicidio, el rapto, el incesto y el adulterio, que imponía al ladrón la pena de azotes y que consideraba la cobardía como algo infamante que sancionaba con vestir traje de mujer; en fin, que concentraba en manos de su jefe supremo la facultad de legislar, de declarar la guerra y de ajustar la paz, la administración de justicia y las atribuciones del arconte, dando la sensación, talvez nunca vista desde entonces, de una autocracia absoluta, templada por el carácter apacible de sus súbditos.

La reja del arado español, despiadada, pasó por encima; la población aborígen, tan numerosa en

los tiempos de los conquistadores —para algunos el nombre de muiscas no sería más que una corrupción de la palabra **moscas**, que daría a entender los enjambres, las muchedumbres, de esa raza apacible y laboriosa— se ha fundido, léase aniquilado, al extremo de que el mismo Quesada, al volver, treinta y nueve años más tarde, a esa Sabana que había conquistado a sus ciento cincuenta mil habitantes, declaraba en su **Resumen Histórico** que no había encontrado más que algunas tribus errantes y depauperadas. Su interés, sin embargo, hubiera debido consistir en atenuar la verdad en esa apología general, similar a la que Cortés había escrito sobre la conquista de México y cuya parcialidad puso una pluma indignada en la mano callosa de Bernal Díaz.

Algunos años habían bastado para arrasar la floreciente ciudad de Tisquesuza, que desapareció del lugar donde se elevara sin que quedase de ella, casi, piedra sobre piedra; se desmoronó con la exageración inaudita del aniquilamiento, con el sombrío ensañamiento de la ruina que se divierte con la desaparición de las antiguas ciudades medas de Susa y de Ecbatana, construídas de tierra apisonada.

En cuanto a la nueva capital, se trasladó a veinte kilómetros más allá, hacia el sureste; el emplazamiento central que los soberanos muiscas habían escogido como para poder recorrer circularmente con una sola mirada de sus pupilas de águila esa Isla de Francia de su imperio, fue trocado por otro adosado a los Andes y de más fácil defensa contra los ataques de posibles competidores.

Por otra parte, hay que reconocer que la elección del sitio fue admirable; la situación de Bacatá —en chibcha “gran cultivo”— debió agrandar al conquistador “que creyó ver en ella algún parecido con la vega de Granada, su país natal”. En el mismo emplazamiento en que se elevara la casa

imperial de recreo de Teusaquillo, el Fontainebleau de los Zipas, se fundó el 6 de agosto de 1538 la ciudad moderna a la que, en recuerdo del campamento español donde se firmaron las capitulaciones de Colón con los reyes católicos, se dio el nombre de Santafé.

La naciente Bogotá presentaba un aspecto mísero, humilde, con sus doce casas techadas con paja, con su capilla, desaparecida luégo, donde celebró la primera misa el padre Domingo de Las Casas, como lo consignan con toda meticulosidad las crónicas. Esta aldea europea no por eso dejó de tener un gobernador, aquel Hernán Pérez de Quesada, hermano del Adelantado y con razón llamado "el espíritu maléfico de la conquista". Erigida en villa por Carlos V en 1540 y elevada al rango de obispado, cuyo primer titular fue "el ilustrísimo hermano Juan de los Barrios y Toledo", se convirtió sucesivamente, primero en capital del distrito administrativo del Nuevo Reino de Granada, que comprendía, además, el Ecuador y Venezuela; después, en 1810, en la capital de la república de Cundinamarca; en 1819 en capital de Colombia, en 1831 en la de Nueva Granada y finalmente, en 1871, otra vez en capital de Colombia. Entre tanto, el advenimiento de la república había consagrado dos reformas, una grande y una pequeña: la abolición de la Inquisición y la del nombre de Santafé, devolviendo así a su capital, después de tres siglos, el sabor del terruño, su antigua denominación indígena de Bogotá.

Nunca olvidaré el momento en que por vez primera la divisé. El chaparrón terminaba; ante un fondo violáceo que lo mismo podía anunciar un nuevo turbión, desfilaba una línea de tejados rojos y mi vecino acababa de decirme el nombre de ese barrio —Chapinero— cuando, ¡oh prodigio!, un gran desgarrón de las nubes dejó pasar la sonrisa azul del cielo. Y por esa brecha, por la que mis miradas se elevaban hacia los Andes reapa-

recidos bruscamente, pesados y graves sobre el cielo recién lavado, me sorprendió la impresión de majestad casi religiosa de las dos cumbres gemelas que se dibujan, redondeadas y sublimes, llevando cada una de ellas, como desterradas, en lo más alto de los Andes, su iglesia, minúscula por efecto de la lejanía. Dirigía la mirada de una a otra de esas masas gigantes; la de la derecha, la más elevada, Guadalupe; la de la izquierda, Monserrate, antaño reunidas antes de que un terremoto abriera entre ellas el corte colosal del Boquerón. Casi me fascinaban. ¡Qué sobriedad en ese inmenso gesto hacia el cielo por encima de las preocupaciones de los hombres!

Un intermedio de hileras de árboles, de vagones, de paredes ennegrecidas. Un minuto después un landó desvencijado y chirriante me conducía por las calles y los barrios excéntricos de la ciudad, que, complacida, se llama la Atenas de América del Sur.